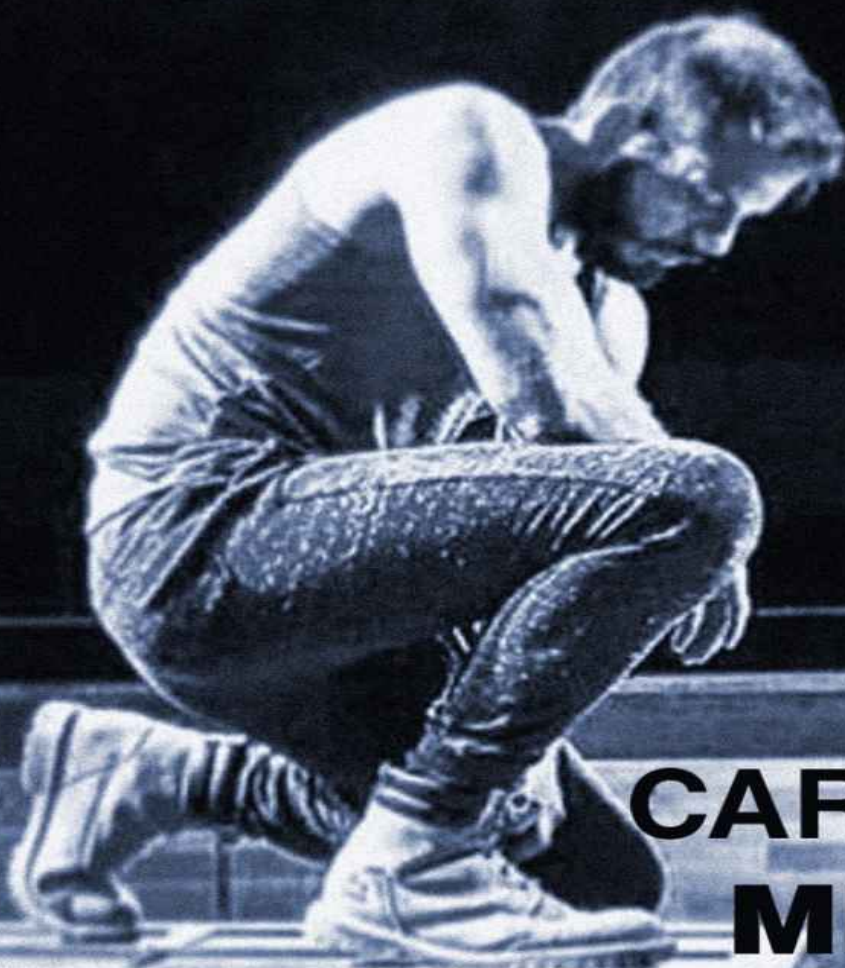


MUCHA

# MIERDA

Lo que el teatro une, nadie lo puede separar.



CARLOS  
MENA

Mucha Mierda

© Carlos Mena, 2019

Edición: Nelson De Almeida

Fotografía de portada: Carlos Mena

Diseño de portada: Oskar Pulgarin

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización por escrito del autor, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra. Todos los derechos reservados.

*“Estamos hechos del mismo material que los sueños”*

*- William Shakespeare, La Tempestad*

## PRIMERA PARTE

Nací en un país de Sudamérica, de esos que son conflictivos de forma política, social y económica. Una tierra rica, con una gran historia, pero con mucha gente mendigando dinero y comida por las calles de las ciudades. Aun así, siguen existiendo personas maravillosas con una sonrisa en el rostro, cálidas de corazón y capaces de dar lo mejor de sí con tal de ayudar.

En el hospital de una de las ciudades más bellas que en mi vida he visto, un poquito más de la media noche, en el último día del mes con nombre de mujer, y durante el primer año de una nueva década, mi madre, junto con un gran equipo de profesionales, me trajo al mundo.

Un millennial que le rozaba los talones de la famosa generación z. El tercer hijo de una familia luchadora, el segundo varón y, si sumamos los tuyos, los míos y los de nosotros, sería el quinto hijo.

Es lo que imaginan. Mi padre fue un picaron desde muy joven y tuvo dos hijas antes del matrimonio con mi madre, y, sin importar qué, son mis hermanas y las adoro un mundo entero.

Me criaron con amor y mano dura. Cuando ya contaba con algo de conciencia, mi padre, tras obsequiarme una paliza, me explicó: “Mijito, en una mano tengo el amor y en la otra tengo el castigo. Tú eliges”. Son palabras que me niego a olvidar, pues, con ellas entendí que la vida era fácil y que solamente tenía dos opciones: o me portabas bien o me portaba mal, y aunque mi padre era muy estricto en todos los ámbitos de su vida, incluso con mis hermanos, fue a mí a quien menos castigó, sin embargo, las veces que lo hizo fueron contundentes y cruciales en mi vida.

A veces, al ser un niño es muy difícil ver el sacrificio y esfuerzo que

nuestros padres hacen por nosotros.

Mi madre era abogada, trabajaba, estudiaba y era ama de casa. Ella se levantaba a las cinco de la mañana a prepararnos el desayuno y la merienda que llevaríamos al colegio. En cuanto nos marchábamos, era el turno de ella para alistarse y correr a su trabajo, al cual debía llegar a las ocho en punto.

Cuando la jornada escolar llegaba a su fin, el autobús del colegio me dejaba frente a la entrada del edificio donde laboraba mi madre, justo a la hora del almuerzo, la cual empleaba para llevarme a casa. Comíamos y me dejaba al cargo de mis hermanos que, para ese entonces, ya eran unos tediosos adolescentes.

—No le abran la puerta a nadie, así sea Jesucristo rencarnado —solía decirnos antes de volver a su trabajo. Siempre se marchaba con el corazón en la mano, rezándole a Dios para que no nos ocurriera nada malo.

A las seis de la tarde ya estaba devuelta, dispuesta a revisar nuestros deberes académicos, preparar la comida que consumiríamos al siguiente día, lavar y planchar la ropa de toda nuestra enorme familia... Podía amanecer hasta las dos, tres o cuatro de la mañana realizando todas esas labores y, a las cinco de la mañana, volver a repetir todo aquel tedioso ciclo. A veces pensaba que las madres nunca se cansaban; que equivocado estaba.

Sí, señores, esa era mi madre, una dama que luchaba por su familia y al mismo tiempo por sus ideales, metas y sueños, y que hoy por hoy, gracias a su temple y esfuerzo, disfruta de todo lo que cosechó en su vida. Y no sólo eso, también ayudó a muchas personas al darles un empleo en su empresa, luchó contra las costumbres machistas con las que se crio mi padre y de la misma sociedad de en ese entonces.

Por el otro lado de la historia está mi padre. Al igual que mi madre, era abogado, un hombre correcto que fue criado en una familia en la cual nunca le faltaron los problemas.

Si hay algo que nunca le faltó a mi padre fueron hermanos; tenía nueve, y él era el tercero del primer matrimonio de mi abuela, la cual llegó a tener tres parejas... Supongo que ya ven por donde viene la cosa.

Fue el más apegado a mi abuelita, siempre estuvo ahí con ella y jamás la abandonó, de hecho, siempre se interponía en las peleas que mantenía con sus parejas para defenderla. Sí, mi abuela era terrible, pero, así mismo, fue una madre abnegada, ella nunca se tuvo que preocupar por mi padre, ya que él siempre fue disciplinado y entregado a sus estudios, lleno de premios, diplomas, medallas, trofeos, becas en los colegios y universidades; siempre sobresalía en todo. Se preocupaba mucho por sus hermanos, y velaba porque siempre caminaran por el sendero correcto,

La zona en la que vivían era famosa por su nivel de peligro y los pocos recursos económicos que disponían las familias que la habitaban; esa era la razón de su personalidad y la exigencia que tenía hacia nosotros, sus hijos. Siempre insistió en que nos ganáramos lo que queríamos, como lo hizo él.

Una de sus otras cualidades era su alegría. Siempre con una sonrisa en el rostro, bastante soñador, de voz gruesa y apaciguadora, alto, bien parecido y romántico por excelencia, como él decía.

Como suelo decir, mis padres eran de la vieja escuela, llenos de tradiciones, costumbres, buenos valores y principios. Son de esas personas que muy poco se conocen, que se van extinguiendo a medida que nos dejamos consumir por la evolución arrasadora, rebotante de paradigmas débiles que sucumben ante las adversidades emocionales de los acontecimientos cotidianos.

A mis padres les costó mucho llegar a tener la comodidad que alcanzaron. Venir de familias de bajos recursos económicos y tener que preocuparse por el lugar donde dormirían al otro día no les hizo nada fácil la cuesta a la cima, pero siempre juntos, porque eso significaba la familia: unión... Si no fuera por la traición que recibió mi padre, no habríamos estado ahogados en deudas, no habrían embargado nuestros bienes, no habríamos quedado en la quiebra. Yo era muy niño para darme cuenta de lo que sucedía.

Cuando tenía diez años, me diagnosticaron una enfermedad degenerativa e inmunodeficiente de los huesos de siglas "AS", una especie muy extraña de artritis crónica; los genes jugaban un rol muy importante en esta enfermedad, y aunque no existieran registros de que algún miembro de mi familia la padeció, yo salí premiado.

La hinchazón en las rodillas y las caderas fueron uno de los síntomas más visibles. Dejar de correr, de saltar, trepar, incluso dejé de caminar. Fue muy doloroso abandonar todas las actividades que un niño suele hacer.

En el colegio, mis compañeros solían llamarme “culo mocho”, “nalga chueca”, “cojo”, en fin, los niños pueden ser muy hirientes inconscientemente, sin embargo, siempre recibí el apoyo de mi familia, y eso hizo que nunca me sintiese solo ni débil. Tengo que admitirlo, el estar de hospital en hospital, y haciéndome todo tipo de exámenes, terapias, consumiendo remedios milagrosos y hasta procedimientos quirúrgicos, hizo que mi carácter se formara de una manera más realista, con los pies sobre la tierra y una personalidad madura desde muy niño.

Los años pasaron y pude recobrar algo de mi caminar con una medicina llamada *Embrel*, la cual aliviaba todos los destrozos que hacía la enfermedad en mi cuerpo.

Comparado con mis padres, fui un pésimo alumno. En el tercer curso de colegio me quede en supletorio en cuatro materias; por poco y pierdo el año escolar. Recuerdo que en ese momento de mi vida no paraba de pensar en cómo mi padre me sacaría la cabeza. Lloré a más no poder por el miedo. Pero sólo se limitó a decirme:

—Si te quedas de año, te inscribo en el mismo colegio para que sientas vergüenza.

Jamás pensé que eso iba a ser todo. No podía creer que me había salvado de la paliza de mi padre.

Entonces bajé feliz a decirle las nuevas a mi madre, y esto sí que fue una película de terror. En cuanto entré a la cocina y le conté todo, ella se volvió con el cuchillo en la mano; pensé que era muy premeditado de su parte, pero no lo usó.

—Eres una vergüenza para esta familia —me había dicho con lágrimas de coraje corriendo por su rostro. Estaba sumamente decepcionada—. Tú no eres mi hijo. Me arrepiento de haberte parido —escuchar eso fue muy doloroso. Sentía como el corazón se me caía a pedazos, pero, aun así, no derramé

ninguna lágrima frente a ella. Para ese momento, yo prefería hubiese usado el cuchillo, porque estaba seguro de que sería menos doloroso—. Lárgate de aquí, que me da vergüenza ser tu madre.

En cuanto me dio la espalda, yo me fui directo a mi alcoba, pero las lágrimas fueron más rápidas y terminé desmoronándome en las escaleras. Sentía vergüenza y decepción de mí mismo.

Tras recuperarme, me encerré en mi habitación, tomé los libros y cuadernos y me dispuse a estudiar desde esa misma noche las materias en las que había fallado. Durante diez días desayuné, almorcé y cené letras. No fue sencillo aprender en tan pocos días todos los temas que inculcaron en todo un año escolar. Pero el esfuerzo valió la pena y pude aprobar el supletorio.

Cuando disfrutaba de mis diecisiete años, un doctor declaró que yo no padecía ninguna enfermedad, y que mi condición se debía a un problema traumático; ligamentos cruzados y menisco, aseguraba él.

Mis padres no podían creérselo, y yo tampoco, puesto que varios doctores me habían evaluado y diagnosticado la misma enfermedad. ¿Cómo era posible que aquel sujeto dijera semejante cosa?

Sin embargo, el doctor nos envolvió en una gran palabrearía basándose en sus estudios y un sinfín de elementos y términos médicos que ni yo ni mis padres entendíamos. Logró su cometido, nos convenció de mi nueva condición y que debía ser operado en la rodilla.

No recuerdo mucho sobre la operación, pero al despertar, ya había ocurrido la carnicería y mi hermano, quien tenía veinticuatro años, aguardaba a mi despertar junto a la ventana de la habitación.

—Bienvenido, hermanito —me saludó con una gran sonrisa.

No tardó en ponerme al día con los acontecimientos de su vida: su novia estaba embarazada y que debía marcharse de casa para hacerse cargo de ella y del pequeño en camino. Era como si el mundo cambiara en un parpadeo, mi hermano ya había forjado una familia, o, al menos, estaba en el proceso. Me pidió que le guardara el secreto.



Fue inevitable sentir una punzada de tristeza, es duro ver como las personas que crecieron junto a ti, bajo el mismo techo, deban emprender vuelo para crear su propio camino. Lo entendía, dolía, pero al mismo tiempo me sentía feliz por él, y sabía que algún día me tocaría a mí, porque así es la vida, es su ley y debemos cumplirla al pie de la letra. Así como las hojas en la rama de los árboles, al término de las estaciones, emprendemos nuestra propia aventura a lo desconocido.

Cuando la verdad salió a flote, mi madre fue quien más sufrió; era como si le arrancaran uno de sus órganos más importantes sin anestesia alguna.

Mi hermano se mudó a la casa de su novia, sin importar que mi madre le rogara para que se quedara, le ofrecía un espacio en su hogar tanto a él como a ella. La negativa de mi hermano le arrancó el habla a mi madre por casi cinco años.

Al igual que un río, el tiempo siguió su curso, y al calzar los diecinueve años, decidí unirme al equipo de mi hermano y dejar el hogar de mis padres para comenzar a hacer mi propio camino. Mi madre jugó la misma carta conmigo y también me negó el habla.

Para ese entonces, mi padre no vivía bajo el mismo techo con mi madre, debido a los mil y un problemas de pareja que solían presentarse ante ellos; mi madre nunca lo echó, fue él quien decidió marcharse. Él era muy orgulloso, y no podía permitir que las cosas no se hicieran como él quería.

Mi padre y yo éramos dos lobos solitarios, y eso fue lo que nos acercó. Nos contábamos todo; me llenó de consejos, palabras sabias y reflexiones. Llegamos a tener una relación muy diferente a la que manteníamos cuando estábamos en casa, ya no era aquel padre estricto que daba órdenes, era mi *pana*, mi amigo, el que me aconsejaba y no imponía nada. Era tal la unión, que la mayor parte del tiempo dormía en su apartamento. Finalmente, había conocido al ser que se ocultaba dentro de aquel duro caparazón.

A mis veintiún años, la relación con mi madre había mejorado, pasaba algunos días con ella e, incluso, me quedaba a dormir en mi vieja alcoba.

Durante una noche tormentosa, tuve una recaída con mi enfermedad,

llevaba casi dos años sin ponerme la inyección que mi madre compraba. Fueron días horribles, los dolores, el tener que hacer mis necesidades en cama porque no alcanzaba a levantarme... Uno de esos días, mi madre se despertaba llorando a causa de un sueño donde me ocurrían algo terrible. Aunque muchos no lo crean, los hijos son una parte de sus padres, y si algo nos está sucediendo, ellos lo sabrán; es como si nuestras almas estuvieran conectadas. Somos parte de su cuerpo y de sus vidas.

Al igual que yo, mi padre solía dormir en algunas ocasiones en casa, sin embargo, durante nuestro almuerzo de lobos solitarios, me confesó que deseaba volver junto a mi madre. Un tiempo apartado de ella le había hecho derribar aquella muralla machista y de orgullo, la cual no le permitía seguir escribiendo su historia de amor junto a mi madre.

Siete días después de mi cumpleaños, como era de costumbre, él se preparaba para salir a dar serenatas durante el día de las madres. Le fascinaba irle a cantar a todas esas mamás en las que veía reflejada la imagen de la suya en sus miradas... Quien iba a imaginar que esa sería la última vez que lo vería.

A la mañana siguiente, recibimos una llamada de la morgue. Mi padre había fallecido en un accidente de tránsito suscitado en la madrugada, casi después de haberle obsequiado una hermosa serenata al amor de su vida en medio de un momento que mi madre jamás olvidará.

Lágrimas y algunas promesas que jamás se cumplirían. El dolor era atroz. Un golpe duro para todos.

El dolor de la pérdida de un ser amado jamás se extingue, sólo baja de intensidad y aprendemos a vivir con él. Siempre está ahí, latente, esperando su momento para aumentar la intensidad y derribarnos.

La muerte nos hacer ver la vida desde una perspectiva totalmente nueva. Desde la partida de mi padre, decidí a mirar las cosas de una manera diferente. Me dediqué a culminar mi carrera universitaria; seguí algunos cursos de actuación en Colombia y México para mejorar mi arte, siempre aprendiendo de los mejores actores, tanto nacionales como internacionales. Mi carrera crecía y no iba a permitir que nada ni nadie la detuviera; era un sueño

que estaba dispuesto a cristalizar.

Me gradué de la universidad, el orgullo de mi madre no tenía límites y sabía que, estuviera donde estuviera, el de mi padre tampoco.

A veces lanzaba una mirada al pasado y me sorprendía al ver el cambio que había abrigado a ese chico tan indisciplinado. Un chico con sueños, pero sumamente desorganizado, sin saber por dónde comenzar.

Un capítulo se había cerrado para iniciar otro.

## SEGUNDA PARTE

Conocí a Katherine en Miami, durante una reunión de actores, ya saben, ese tipo de reuniones donde todo el grupo se congrega para hacer la lectura de un libreto. Aquel día, el repaso giraba en torno a una de las tantas obras griegas que la historia nos ha regalado a lo largo de los años.

No recuerdo mucho sobre ella, pero sé que estuvo ahí. Estoy seguro de que la escuché, de que la vi, y puede que hasta cruzáramos algunas palabras, sin embargo, no consigo recordarla claramente... Eso no quiere decir que no haya sido “amor a primera vista”. ¿No les ha pasado que después de algunos intentos en una cita, se vuelve menos creíble? Es un poco difícil de admitir, pero algunos pasan por cientos de “amor a primera vista” para encontrar a la persona indicada que, posiblemente, ni siquiera les haya atraído desde un principio.

Los ensayos transcurrían con rapidez, y junto a ellos, el tiempo no esperaba por nada ni por nadie. Aquel día, Benjamin, nuestro director, había decidido que era el momento de realizar el ensayo de una de las escenas más importantes de la obra, donde los personajes principales confesaban sus temores al otro, pues, era ahí donde ocurría la conexión entre ellos.

Lecturas de textos iban y venían, pero ni Katherine ni yo teníamos la mínima noción de que íbamos a tener una historia tan apasionada. Lo absurdo de todo esto era que ni siquiera hablábamos. Semana tras semana de ensayos, y aun no nos dábamos cuenta de que ambos convivíamos en el mismo teatro. Un desinterés total, como dos completos desconocidos.

Cada uno de los personajes de la obra era importante y cumplían una función especial, la diferencia radicaba en la cantidad de textos a memorizar.

Katherine debía introducirse en la piel de un ser místico moteado por algunas migas de magia, se fusionaba con otras tres actrices y de esa forma conectaban un evento con otro. Por otro lado, mi personaje le brindaba ese valor heroico a la obra. Apasionado, justo y capaz de llegar a últimas instancias por la justicia, pero, al mismo tiempo, incapaz de desafiar a los dioses por amor.

—¿Lista? —le pregunté en cuanto nos posicionamos en el centro del escenario.

—Nuestras primeras palabras fuera de escena —declaró con una media sonrisa, mientras sujetaba su cabellera negra en una coleta—. Siempre estoy lista.

El ensayo fue maravilloso, nos llevamos todos los aplausos de nuestro director y su asistente, un chico que mantenía un gran parecido físico con él. Y como si no fuera poco, Katherine y yo habíamos descubierto la existencia del otro, pero nuestra conexión se dio una semana después, en un gélido día, donde la gran mayoría de nuestros compañeros había decidido faltar por motivos personales.

Sólo éramos Katherine; Elle, una joven actriz que no conocía muy bien, y yo. La decepción de Benjamin era palpable, pues, detestaba la falta de compromiso.

—Supongo que sólo seremos nosotros —dijo el director tras masajear sus sienes.

El ensayo fue rápido y bastante aburrido debido a la gran ausencia. Al no contar con todo el equipo, Benjamin decidió darnos el resto de la tarde libre.

Elle, al igual que Katherine y yo, se sentía frustrada, pues, detestaba que el resto del grupo no se tomara en serio los ensayos y su tiempo. Para voltear la tortilla, y fortalecer nuestros lazos como equipo, decidimos ir a comer en un pequeño café a unas pocas cuadras del teatro, donde ofrecían una promoción llamada *montaditos*. Se trataba de un succulento emparedado que solían servir tres estilos diferentes: carne, pollo o chorizo, junto con un sinfín de ingredientes. Ese día, la promoción era un dos por uno y pensé: «¡Wow! Esto es para mí y de seguro me lleno con uno»

Fue una decepción total. Aquellos *montaditos* eran la cosa más pequeña que mis ojos habían visto. Necesité de cinco promociones para satisfacer el hambre.

Entre risas y bocados, las anécdotas de lo que nos había traído hasta acá, a la *Yuma*, que es el término que usan los cubanos para referirse a los Estados Unidos, no tardaron en aparecer. Yo jamás he tenido ningún secreto a la hora de contar mi historia, mi pasado, ya que eso habla mucho de mi presente y, podría decir, de mi futuro.

Katherine fue breve con su historia, pues, había nacido aquí en Estados Unidos y pasó toda su infancia de mudanza en mudanza debido a los conflictos que existían entre sus padres.

Por otro lado, Elle era una chica nacida en una cuna de oro, pero, a pesar de contar con algunos rasgos vanidosos, la humildad siempre la mantiene presente gracias a los valores inculcados por su abuela. Una joven bastante habladora y que no se percata cuando proporciona información demás.

Fue una reunión espontánea entre compañeros, y fue el primer acercamiento que tuve con Katherine. Aun no existía ese clic que me asegurara que ella era la indicada, pero algo me empujaba a seguir compartiendo con ella. Tal vez, los dos no estábamos realmente interesados en sentir esa clase de atracción por nadie en particular.

Las horas pasaban, y Katherine nos reveló que un par de años atrás había conocido un chico que, intentando coquetear con ella, le derramó una taza de café en su blusa favorita. Había sido un desastre y, para rematar, el chico la había culpado a ella porque lo ponía nervioso. Yo, por mi parte, les comenté que llevaba dos años sin entablar una relación de ningún tipo. No es que le huyera, simplemente no se daba la oportunidad.

Con el transcurso de los días, comenzamos a relacionarnos un poco más, coincidíamos en algunos lugares, quedábamos para llegar juntos a los ensayos y buscábamos tiempo para charlar. Y así nos mantuvimos durante algunas semanas. Podría decirse que fue nuestra estrategia para conquistar al otro.

Una tarde, cuando ayudábamos a pintar la escenografía de un bosque, Elle

intentó animar al equipo sacando a relucir el tema de nuestros sueños.

—Fácil: Broadway —dijo un chico de cabello dorado—. Creo que es lo que todos deseamos aquí, si no, ¿qué hacemos en el teatro?

—Yo sueño con ver mi nombre en una enorme y resplandeciente marquesina —añadió Elle con la mirada perdida en los reflectores.

—Yo pienso convertirme en una reconocida actriz de cine —declaró Katherine con esa voz cantarina que la representa—. El teatro es sólo mi primer paso, pero pienso que en la vida hay mucho más que sólo ser un actor famoso.

Y fue ahí cuando descubrí que teníamos el mismo sueño: convertirnos en reconocidos actores de cine y de experimentar la pasión que desbordáramos en nuestra vida. Pero lo que de verdad me entusiasmó fue que ambos pensáramos que lo mejor que nos podría pasar era disfrutar la vida al lado de una persona que compartiera nuestros sueños.

El destino nos estaba dando una señal, y nuestros sueños en común eran la respuesta a esa búsqueda del protagonista que compartiera nuestra novela llamada vida, en la cual nos vemos sometidos en una constante audición.

Uno de los placeres que podía disfrutar durante mis horas en el teatro, era poder ver la rutina que mantenía Katherine en cuanto atravesaba las majestuosas puertas de la estructura. La había forjado en cuanto los ensayos comenzaron a tornarse más pesados.

Ella siempre ocupaba la misma silla, en la misma fila y en el mismo lugar. Con mucha delicadeza, tomaba asiento, bebía un poco de agua y concentraba toda su atención a las letras que impregnaban las páginas de su libreto.

En cuanto llegaba la hora del *break*, sacaba de su mochila un tarro repleto de mantequilla de almendras con banana —tengo que admitir que desconocía la existencia de la mantequilla de almendras hasta ese momento— y algunas galletas chips artesanales; en algunas ocasiones sustituía las galletas por una manzana o un par de mandarinas, pero casi siempre llevaba el mismo menú, nada pesado.

Desde el día de los *montaditos*, ya no era una chica que conocía, y desde el día en que revelamos nuestros sueños, había dejado de ser una compañera ordinaria.

Ya no era una simple persona organizada que se sentaba en el mismo lugar y se disponía a engullir la misma comida una y otra vez. No. Había arte en cada actividad y gesto que hacía, por más simple que fuera. No podía dejar de mirarla, y a la mínima oportunidad me le acercaba para saber de ella.

Inconscientemente me idiotizaba ante todo lo que hacía, me pervertía la mente, cada movimiento, cada mordisco, como si ella supiera que todo lo que hacía causaba extravagante fascinación a mi vista. Sus actos parecían premeditados, como quien caza a una gacela, y ¡pum! Me tenía servido en su plato

No me podía hacer el tonto, ya sabía por dónde iban las cosas, y no paraba de repetirme dentro de mi cabeza que debía de hacer bien las cosas. Tenía que ser diferente, transparente, original y honesto con ella. Sin éxito, intentaba no exagerar.

—Me parece una gran falta de respeto que no sepas lo que es la mantequilla de almendras, Diego —me dijo, fingiendo un poco de indignación.

En cuanto descubrió mi ignorancia hacia la mantequilla de almendras, Katherine decidió compartirla conmigo, junto con algunos trozos de manzana, durante las horas del descanso. Incluso, llevaba algunas raciones de galletas o manzana para obsequiármelas.

La situación comenzó a tornarse un poco seria cuando decidimos visitar el Margaret Pace Park los fines de semana, sólo nosotros dos, sin la compañía de nadie más. Al principio, la excusa que empleábamos era la de ensayar nuestras líneas al aire libre, hasta que nos dejamos de tonterías y le permitimos a la sinceridad que hablara, o, en nuestro caso, actuara. Los libretos quedaban en nuestras casas y pasábamos esos días entre risas, humeantes vasos de café y viejas anécdotas. Era agradable contar con su compañía.

Las conversaciones se hacían cada vez más largas y profundas, y no vacilábamos en enviarle una fotografía o una nota de voz al otro; en ocasiones



pasábamos toda la noche despiertos. Escuchar su risa era una delicia. Ella estaba para mí y yo para ella.

Hoy en día, las personas lo hacen todo al revés. Primero se besan, y casi al instante ya tienen relaciones sexuales. Sólo basta con un par de días fogosos y los completamente desconocidos ya son una pareja, listos para ponerle fin a su relación en menos de un mes. Estoy seguro de que, con suerte, logran aprender el nombre del otro. No siempre es así, pero ya es algo que se ha vuelto muy común.

Katherine y yo estábamos tomando nuestro tiempo para conocernos, tiempo en el que se fue intensificando nuestro gusto por estar juntos. A pesar de que vivíamos lejos el uno del otro, no era impedimento para vernos con frecuencia.

Yo necesitaba una profesora de inglés, ella un entrenador personal. Ya se imaginan en que trabajábamos diariamente para pagar nuestras facturas. Pero sólo eran trabajos temporales, al menos, hasta que el estrellato nos reclamara y estuviéramos realizando películas junto con los grandes de la industria.

La mayoría de las veces en que nos reuníamos, no entrenábamos ni estudiábamos inglés; siempre encontramos la excusa perfecta para vernos como amigos y animar aquella confabulación que se traía entre manos el universo para unir a una profesora de inglés y un entrenador personal por medio de la actuación.

Mi admiración por ella crecía, y los deseos de que llegara a la cima eran aún más grandes, porque sabía que tenía mucho talento y se lo merecía.

Había llegado el gran día. No podíamos creer que esa noche se estrenaba la obra, así que, durante todo ese viernes, el mundo que se abría detrás del telón era una niebla de emociones: ensayos de último momento, retoques en las escenografías, pruebas de luces y sonido... En los camerinos, no parábamos de decirnos “mucho mierda”, que en teatro significaba “buen augurio”.

Algo curioso del término “mucho mierda” es que, aunque existían varias teorías sobre donde y cuando se originó, la que tenía más relevancia era la que

se remontaba en los siglos XVII y XVIII, cuando las clases más adineradas asistían al teatro en lujosas carrosas tiradas por finos caballos. Entre mayor era la presencia de caballos, mayor era el número de espectadores, quienes eran los que, como de costumbre, arrojaban monedas al escenario según el gusto que les dejara la obra. Aparte de la taquilla recaudada, aquel gesto incrementaba el beneficio de los actores y empresarios. Entonces, a mayor número de caca de caballo, mayores eran los ingresos.

Mientras el resto del elenco se terminaba de preparar para la primera función, Katherine y yo nos mirábamos a los ojos, esperando el gran momento de apertura. Mis manos se encontraban entrelazadas con las suyas, junto con un fuerte deseo por besarla. Su mirada me gritaba que también lo deseaba, pero ninguno lo hizo; era como si algo nos gritara que no lo hiciéramos, que viviéramos aquel momento como algo especial y único... y ya saben lo que dicen: “Lo que llega fácil se va fácil, y lo que es difícil perdura”.

—¡Dos minutos, muchachos! —gritó alguien a todo pulmón—. ¡Todos a sus puestos!

En absoluto silencio, nos abrazamos, y eso fue todo lo que intercambiamos antes de salir al escenario y recibir las miradas y el ensordecedor aplauso.

Tras la primera presentación de la obra, a cada uno de los participantes les invadía el miedo ante las críticas que pronto aparecerían en los distintos portales de internet.

Nuestro director apareció con una gran sonrisa en el rostro, alabando nuestro trabajo y vociferando lo mucho que le había gustado. Sus gestos eran exagerados, lo que nos arrancaba una pequeña sonrisa a todos, pero el mejor momento fue cuando se calmó, acomodó su boina y dijo:

—Estoy orgullo de todos ustedes —Sus ojos se hallaban empañados de lágrimas. Aquella noche nos había llenado a cada uno de nosotros con grandes y hermosas emociones.

Por otro lado, y más importante aún, a Katherine le había gustado mucho mi caracterización, y a mí me fascinaba que a ella le gustara. Era como si las puertas al paraíso se abrieran ante mí.

En las funciones siguientes, Katherine era la que se preocupaba en maquillarme y ayudarme con mi vestuario. De vez en cuando, yo también merodeaba por su camerino con mi cara de “necesito maquillarme, ¿me ayudas?”, lo que le arrancaba una enorme sonrisa. Después de todo el tiempo que habíamos compartido sentía que, si me maquillaba con otra persona, la estaba traicionando. Una vez me dejé maquillar por una de mis amigas, pero no dejaba de mirar a Katherine con la intención de hacerle saber que no era nada especial.

Cuando Katherine se disponía a maquillarme, sujetaba mi rostro con la delicadeza que una madre emplearía con su recién nacido; era un cuidado único. Yo la miraba fijamente a los ojos, luego contemplaba su cabello azabache y por último sus labios.

No dejaba de pensar en qué se sentiría besarla. Suponía que era como perderse en el tiempo, olvidarse donde estaba, incluso, olvidar hasta mi propio nombre. Me imaginaba mordiendo sus labios, toqueteando su lengua con la mía, acariciando su tez trigueña...

Estoy seguro de que ella se dio cuenta de que la miraba fijamente, pero también sé que le provoqué muchos viajes imaginarios, donde sólo estábamos nosotros dos.

Recuerdo que un día Katherine se dispuso a maquillar a uno de nuestros compañeros, y fue una escena bastante graciosa, porque el chico superaba la altura promedio y la estatura de ella pasaba del metro y medio. Sin embargo, en aquel momento pude percatarme que su forma de trabajar no era igual a la que empleaba conmigo, de hecho, se le notaba un poco incomoda. Entre nosotros existía una conexión, y eso nos hacía trabajar como una sola persona.

Gracias a la boca de Josh, un buen amigo que me gané en aquella obra, y la de Elle, quien ahora era su prometida, supe que el acercamiento entre Katherine y yo podía sentirse en cada rincón del teatro; tampoco es que fuéramos discretos, ya que nos manteníamos juntos desde que llegábamos.

—“Dos extraños, de esquinas opuestas, se han unido” —me había dicho Josh en un tono burlón y gestos dramáticos—. Es así como los describe Elle.

En una de las tantas conversaciones que Katherine y yo manteníamos en el Margaret Pace Park, había sido muy claro con ella al confesarle lo que deseaba de mi próxima relación. Ya no estaba para juegos, quería algo estable, una mujer con quien poder luchar hombro con hombro por nuestros sueños y construir nuestro futuro. Estaba en la edad y tiempo en el que ya quería dejar de disfrutar solo y, como dice mi madre, “ser harina de otro costal”. No se equivoquen, no hablaba de casarnos y formar una familia, simplemente quería forjar un amor bonito e infinito. No podría ser tan directo así, y ella, como era de esperarse, entendió el mensaje.

Es lo que me gustaba de ella: Siempre entendía cada palabra que le enviaba en nuestras conversaciones.

Las presentaciones fueron pasando, como fueron pasando los días, y así llegó nuestra última función, y con ella, una inmensa tristeza, porque nadie quería dar por terminada la obra ni dejar de trabajar con aquellas personas que se habían convertido en una segunda familia. Fueron muchas las amistades trabadas, los conocimientos adquiridos y las risas dibujadas. Había sido una temporada que ninguno de nosotros iba a olvidar.

La noche después de la última presentación, tuvimos una fiesta de clausura en la casa de Benjamin, donde también celebramos nuestra cena de noche buena, ya que estábamos muy cerca de la navidad.

Katherine y yo habíamos planeado ir juntos, siendo ella la conductora designada. Bailamos, reímos, compartimos con nuestros compañeros, y siempre buscando estar juntos. Cuando no lo estábamos, nos lanzábamos una que otra mirada.

La noche transcurrió agradable. El alcohol y la música estaban presente en todo momento, Josh y Elle reprodujeron los videos que habían grabado durante los ensayos y Benjamin leyó algunas de las críticas que habían escrito para nuestra obra...

Al día siguiente, lo único que sabía era que había perdido el juicio por el exceso de alcohol, así que lo primero que hice fue llamar a Katherine y quedar para reunirnos en una cafetería. Por el tono de su voz, sabía que la situación era grave.

Me sentía pésimo por todo. En cuanto dejé la cama con la intención de irme a duchar y alistarme para mi encuentro con Katherine, tuve que correr al baño para dejar salir todo un pestilente universo.

—No más alcohol, Diego —me dije entre jadeos.

Una hora después, ya me encontraba en la cafetería intentando recordar los sucesos de la noche anterior, pero nada llegaba a mi memoria. Si no recordaba, era porque algo malo había hecho.

En cuanto Katherine tomó asiento frente a mí, emprendí a disculparme. Estaba totalmente avergonzado y temía que ella no quisiera volver a verme.

Una cúpula de mutismo nos envolvió por unos segundos que me parecieron horas. Katherine no dejaba de mirarme y jugar con su bufanda. Quería decirle algo más, pero las palabras no llegaban. Los nervios comenzaban a abordecarme. En cuanto el mesonero depositó nuestros cafés en la mesa, ella decidió llenar mis lagunas mentales.

Aquella noche me había descontrolado con el alcohol a tal punto que necesité ayuda de algunos compañeros para llegar al auto. Para rematar, mientras Katherine conducía, yo no paraba de intentar arrojarme del vehículo, y le insistía en que se alejara lo más pronto de mí antes de que saliera lastimada; le busqué pelea al personal de una estación de servicio y, para cerrar la noche, terminé llorando por mi padre, quien falleció hace muchos años atrás. En fin, mi comportamiento fue atroz y no encontraba ningún lugar donde esconder mi rostro.

Tal vez no era el momento, pero no quería esperar más. Debía decirle lo que me pasaba, lo que estaba sintiendo y lo que quería. Tomé una bocanada de aire y se lo solté, le dije que me sentía atraído por ella, que todos esos días que pasábamos juntos me habían llevado a darme cuenta de que estaba enamorado y que deseaba hacer las cosas bien...

—¿Y por qué me dijiste eso ayer? —preguntó.

—No lo sé —contesté algo avergonzado—. Tal vez inseguridad, miedo... Tanto tiempo sin estar en una relación me hizo decir eso, no lo sé.

—Lo que más quiero es estar contigo, Diego.

Despacio, alcé la mirada. Los nervios se habían esfumado por completo

—No sabes cuánto he deseado este momento.

Comenzamos a salir como una pareja que se atrae. Aun no éramos novios, pues, estábamos en esa etapa donde nos disponíamos en conocer nuestras costumbres, nuestros hábitos, nuestras familias... Dicen que el pasado no importa, pero créanme cuando digo que sí importa, ya que forma parte de nosotros, tanto las cosas buenas como las malas.

## TERCERA PARTE

Para el primer mes del 2018, las cosas entre Katherine y yo iban con viento a favor. La relación que manteníamos era excelente, nos respetábamos y aun seguíamos conociéndonos.

En algunas de nuestras largas conversaciones, no me faltaban palabras para contarle sobre mi vida amorosa pasada cuando el tema salía a flote. Cuantas novias había tenido, como llevaba mi vida sexual. En fin, pasión y muerte de mi persona, pues, en mi mundo, yo pensaba que haber pasado por once mujeres era bastante. Nunca le dije cuántas chicas en ese momento, pero sí le confesé lo terrible que era. Había llevado relaciones con mujeres casadas; fui el amante, era al que llamaban a las tres de la madrugada para tener sexo, también era el que se veía con una en la mañana y con otra en la noche. Pero eso era pasado, mi pasado, una aventura clandestina, donde meterse en el papel del amante y hacerlo en lugares inesperados era excitante, jugar a usarse para obtener placer, hacer uso de los sentimientos para tu conveniencia... Había sido bueno mientras duró.

Desde la muerte de mi padre, mi vida sufrió un cambio. Quería encontrarme como persona, saber lo que quería, como lo quería y que estaba dispuesto a hacer para lograrlo. Visualizaba mi futuro y la clase de hombre que deseaba ser y entregarle a esa persona con la que compartiría mi vida.

La vida siempre tenía alguna forma sutil de recordármelo. Una vez estaba toda mi familia reunida en la casa de una de mis hermanas, su esposo preparaba una succulenta parrilla y yo me disponía en jugar con mi sobrina; cuando llegó la hora de hincarle el diente al menú, nos percatamos de que no había suficientes sillas, así que algunos debíamos comer en el piso.

Mi cuñado ya había bebido mucho vino y whisky que, al parecer, los mezcló con unas gotitas de sinceridad.

—¿Sabes qué, Diego?, yo no quisiera que mi hija tenga un novio como tú —dijo él ante toda la familia—, porque le vas a partir el corazón con todas tus pendejadas.

Jamás imaginé que fuera a decirme algo así. Me reí al momento, sin embargo, las palabras quedaron dando vueltas en mi cabeza, y cuando me sentía tranquilo, no dejaba de pensar en ellas y en que mi cuñado tenía razón en lo que me había dicho. No se equivocaba, aun me faltaba dejar muchos aspectos negativos de mi persona, a pesar de llevar un buen tiempo luchando por centrarme en la vida. De vez en cuando tenía mis descarrilamientos, era la imagen que había dado durante todo ese tiempo, y era la imagen que estaba dispuesto a cambiar.

Cuando conocí a Katherine, tenía casi dos años en abstinencia, de hecho, esa decisión comenzó un poco antes de venir a Estados Unidos. No le omití ningún dato al contarle mi pasado, respondía a todas sus preguntas sin guardarme nada, y siempre fui claro con ella.

—¿Qué es lo que buscas, Diego? —preguntó Katherine, revolviendo la limonada de su vaso con una pajilla—. ¿Qué es lo que esperas de tu próxima novia?

—La próxima mujer con la que decida estar, será para casarme —contesté. Tenía los ojos fijos en su limonada—. Me estoy guardando para ella.

Katherine soltó una carcajada.

—Por lo que me has contado, hace mucho que te liberaste.

Alcé la mirada. No me sentía molesto, sino sorprendido porque me dijera la verdad así sin más. Adoraba su sinceridad, porque sabía que nada quedaría oculto entre nosotros.

—Tienes razón —Dibujé una pequeña sonrisa—, pero ya volví a guardarme.



Para que existiera un futuro entre nosotros, tenía que quererme con mis demonios y virtudes, mi pasado y mi presente. Entre las cosas que le dije, estaba el hecho de que era celoso, terco, posesivo, y que no iba a rendirme hasta conseguir mis sueños.

Ella me sonrió y, seguidamente, tomó mi mano y me obsequió un beso en la mejilla.

—¿Qué hay de ti? —le pregunté con curiosidad—. ¿Hay algo que quieras compartir?

—Soy celosa cuando me dan motivos —dijo, cruzando los brazos sobre la mesa e inclinándose ligeramente hacia mí. Su mirada anclada a la mía—. Soy independiente, voy a la iglesia, pero no soy fanática. No tengo relaciones de cama y sólo he tenido tres novios

—Eres una chica directa.

—Me gusta ir al grano —declaró con orgullo.

—¿Cómo fueron tus relaciones? —Sentía una gran curiosidad por su pasado amoroso.

—El primero fue del instituto, el segundo era un cubano que conocí en uno de mis primeros trabajos y el último era un musulmán con el que casi me caso, pero mi familia no lo aprobaba.

—¿Terminaron porque tu familia no lo aprobaba? —La incredulidad había poseído mi voz.

—No, terminamos porque era muy posesivo —finalizó, trabando sus ojos con los míos, como si me lanzara una advertencia. Soltó una bocanada de aire y bebió el último trago de su limonada—. Así son los de esa religión. En una ocasión tuve un problema con él, porque me obligó a rechazar un papel. No le agradaba que tuviera que actuar con un chico.

Ella era muy convincente a la hora de hablar, o creo que yo estaba realmente tragado por ella.

Realmente, el pasado no importa, siempre y cuando seas sincero a la hora de contarlo, sin omitir nada relevante, porque eso también sería mentir. En la vida, muchos suelen quedar absueltos de sus malas acciones, pero el karma es la mejor arma para hacer pagar a los terceros en las historias.

A pesar de todo lo que le había contado, ella no se alejó. Habíamos pasado la prueba de fuego y la de la voluntad, por así decirlo, porque fueron muchas las veces que estuvimos a solas en nuestras alcobas sin llegar al acto sexual; estábamos decididos a llevar esto a la cima, pero como el diablo existe, y la tentación es grande, un día no me aguanté y la besé. No podía seguir esperando más. Necesitaba saborear esos labios, y así fue durante mucho tiempo. Eran como una droga, cada vez necesitaba más.

Tenía dos años sin besar, y de repente me encontré besando a la mujer con la que he estado saliendo durante algunos meses. Cariño, respeto, comprensión, amistad, amor... Todas esas sensaciones estallaron dentro de mí, como si una vorágine de mariposas y fuegos artificiales sacudieran mi estómago.

Y no me equivoqué. Me había perdido en el tiempo, me había olvidado del lugar donde estaba, incluso había olvidado mi propio nombre mientras mordía y saboreaba sus labios, tocaba su lengua con la mía y nuestras respiraciones se fundían en una sola. La sentí mía, me sentía de ella, todo eso con tan sólo besarla.

Mis manos acariciaban sus mejillas, se hundían en su cabello, y deslizaban con delicadeza por su espalda. Su piel era suave y sentía como se estremecía con el tacto de las yemas de mis dedos.

No quería dejar de besarla, pero ella debía irse. Y en cuanto atravesó la puerta, ya la extrañaba, anhelaba fundirme una vez más en un beso. No podía negarlo, estaba completamente prendado de Katherine.

Estando lejos, nos escribíamos de todo lo excepcional que había sido aquel momento, pero, así mismo, algo estaba mal. Ella seguía siendo mi amiga, y yo sabía que tenía que dar el siguiente paso.

Al día siguiente, en el Margaret Pace Park, tomé sus manos junto a la

sombra de un árbol y le confesé todo lo que sentía. No quería andar con pendejadas.

—Quiero que seas mi novia, Katherine —le había dicho, sin soltar sus manos, sin apartar la mirada de ella. El corazón me martilleaba con fuerza.

Katherine sonrió y, con una gran sonrisa, me dio el “sí” antes de lanzarse sobre mí. Nuestros labios se fundieron y, a pesar de las personas que nos rodeaban, pude sentir como nos transportábamos a un mundo donde sólo éramos nosotros dos.

Aún recuerdo cómo me contagiaba con su felicidad... La felicidad que una mujer sentía cuando el hombre al que había besado era un caballero que cumplía sus promesas.

El primer día que nos besamos fue el once de enero, ¿entienden eso? 11/1. Puede que sea una paranoia, pero era un número que me seguía desde hace un tiempo y no sabía por qué.

Sentía que todo era una señal, que, en todos los ángulos, la vida nos decía que habíamos nacido para estar juntos. El hecho de haber venido a este país y conocerla luego de casi dos años no era casualidad. El hecho de que me guardé por tanto tiempo para la siguiente persona en mi vida, el hecho de mi promesa de abstinencia, de que la próxima relación en mi vida iba a ser para siempre, sin necesidad de que alguien nos obligara a hacer esa promesa... Más allá de la muerte, y si había más vidas que vivir, las querría vivir con ella.

Teníamos objetivos y sueños en común, y los dos íbamos a conquistarlos juntos, codo a codo, como un equipo.

Con el tiempo, nuestro amor crecía, fuerte y sólido. Se hacía más intenso, nos devorábamos en nuestros sueños, en nuestras mentes no existía ningún obstáculo para dejar fluir la lujuria desmedida que guardábamos durante el día y liberábamos en la noche... Y en una de esas noches, Katherine se dejó llevar por sus sentimientos y me propuso matrimonio.

Yo no lo pensé ni por un segundo, porque sabía lo que sentía y lo que

deseaba.

¡Claro que era arriesgado! ¡Claro que era algo incierto! ¡Claro que era loco! Y aun así no me importó, la amaba, y ella me amaba. La besé, y cuando separé mis labios de los de ella, le dije que sí.

Sabíamos que era muy pronto, pero hay parejas que se enamoran y se casan en menos de dos semanas, y, a pesar de ello, se aman durante toda la vida, aunque también sabíamos que del otro lado del arroyo existían otros casos donde el final llegaba como un parpadeo y no era nada agradable.

Ejemplos claros hay muchos, y la historia se había encargado de que no cayeran en el olvido, como el del precursor de la actuación Konstantín Stanislavski. Conoció a María Petrovna en una obra teatral, meses después pasaron a vivir juntos, y al poco tiempo ya se habían casado. Ella lo había deslumbrado al igual que Katherine lo hacía conmigo; eso es saber lo que una persona quiere.

La vida es así, no depende de las estadísticas, depende de cómo vivas tus propias experiencias, de cómo lleves tu vida sin importar las experiencias ajenas. Como suele decir mi madre: “De todo da la viña del señor”. Así como hay buenas experiencias y personas, también nos podemos topar con el lado opuesto.

Pero el hecho de que otros hayan atravesado una mala experiencia, no quiere decir que nosotros la vamos a vivir también. Cada persona se forja su propio destino, sin importar qué

Aquello quedó muy claro para nosotros y no nos importaba. Habíamos aceptado con los brazos abiertos esta aventura eterna llamada matrimonio.

A la mañana siguiente, tras desayunar unos deliciosos panqueques, decidimos volver a la cama a pasar el resto de la mañana del domingo acurrucados debajo de las sábanas. Las caricias nos llevaron a los besos, la pasión aumentó y sucedió. Nuestros cuerpos se fundieron en uno sólo. Sus gemidos, su calor, la forma en como susurraba mi nombre mientras la penetraba y me negaba a salir de ella. La envolvía entre mis brazos y buscaba sus labios. Ella me rodeaba el cuello, echaba la cabeza hacia atrás y pedía

más. La intensidad aumentaba en ambos.

Sentía que Dios se reía en la cara del mismísimo demonio, porque no era un pecado lo que sucedía entre Katherine y yo. Hacer el amor con ella era algo divino, algo celestial... Era un gran deleite que nos llenaba a ambos.

A medida que el calor aumentaba, sentía una inexplicable corriente eléctrica recorrer mi cuerpo. Sentía miedo, sí, miedo. Desconocía el motivo, pero sospechaba que se debía a todo ese tiempo que estuve en abstinencia. Por un momento me sentí inexperto, torpe, pero al vislumbrar su cara de placer, aquellos pensamientos se esfumaron y la besé. Gruñó contra mi boca, y sus uñas arañaron mi espalda.

Estando encima de ella, me detuvo y nos contemplamos por un segundo.

—Te prometo que tú serás el único en mi vida, Diego —me dijo entre jadeos. El sudor rociaba su cuerpo de una forma hermosa y sensual—. Serás mi todo.

—Eres mía, Katherine —susurré contra su boca—, y yo soy tuyo... Para siempre.

—Para siempre —repitió, aferrándose con más fuerza entre sus piernas.

—Serás la única en mi vida, Katherine.

A pesar de haberlo hecho con otras mujeres, con Katherine era diferente, era como ascender al cielo, escuchar las melodías de los ángeles y luego caer al mismísimo infierno, donde las llamas nos consumían hasta estallar en un torrente de placer que nos arrebató el alma. Fue mágico.

Nos quedamos en silencio uno al lado del otro, tomados de la mano, mirando el techo y soñando despiertos. No teníamos fuerza para hablar, nos habíamos quedado sin energías. Katherine cayó prisionera del sueño en el acto, y yo no tardé en unirme a ella... No sin antes darle un beso en la frente y susurrarle:

—Te amo.

Un mes después, ya estábamos viviendo juntos, en un pequeño departamento que habíamos rentado por un buen precio. Elle y Josh nos habían ayudado con la mudanza, además, nos sorprendieron con una botella de vino para brindar por nuestra nueva vida.

En cuanto completamos la mudanza, esa misma noche Katherine y yo decidimos casarnos a nuestra manera. En nuestra habitación, encendimos un par de velas en medio de la noche y nos preparamos para decir nuestros votos.

Aquella noche, Katherine poseía un brillo especial debido a la fusión de la luz de la luna con el resplandor de las velas, y para completar, el juego de luces y sombras que la rodeaban la convertían en un ser místico y poderoso.

Sus ojos me decían que estaba para mí, sólo para mí, y que así sería por toda la vida. Aquella noche la hicimos nuestra, con Dios de intermediario.

Con una pequeña biblia en mano, Katherine comenzó a recitar sus votos, con lágrimas de sinceridad, de amor y pasión floreciendo de sus ojos. Yo la escuchaba atento, con una gran felicidad abrigando mi corazón. Mi pecho se hacía grande por todo lo que me decía, no pensé jamás que alguien me pudiera amar así, y que yo pudiera ser tan recíproco.

Con una enorme sonrisa, Katherine terminó de pronunciar sus más preciados deseos, y jurar su eterno amor ante mí, ante los ojos de Dios, ante nuestros valores y principios, y ante todo lo que fuimos, somos y seremos.

Había llegado mi turno. Con ayuda del control remoto, reproduje en el equipo de sonido una canción que haríamos nuestra: “Perfect”, de Ed Sheeran. Katherine no apartaba su mirada de mí.

Recordaba nuestro primer beso: largo, sincero y lleno de promesas. Había encontrado el amor en toda su perfección, un amor fuerte, en el cual podía confiar todos mis sueños, un amor para tener una vida.

Descalzos en la habitación, le extendí mi mano, ella la aceptó y bailamos al ritmo de la melodía, que ahora era nuestra canción. Era uno de los mejores momentos de mi vida, hacía mucho que no reía y lloraba de felicidad. Katherine se veía tan hermosa en su camiseta de tirantes blanca; estaba en mis

brazos y no quería que jamás se separara de mí.

En cuanto la música se terminó, la llevé junto a la ventana, donde la luz de la luna se filtraba sobre nosotros. Susurré su nombre y, sin soltar sus manos, le dije mis votos.

—Si Dios me da la oportunidad de vivir toda una vida, pues quisiera usarla para amarlo a él, amar a mi familia y amarte a ti, que te conviertes en mi familia el día de hoy, mi eterna compañera. Formar un hogar feliz junto a ti, comprenderte en el trabajo, cuidarte en la enfermedad, hacerte reír y abrazarte siempre.

»Es mi deseo estar siempre junto a ti en todos los momentos, incluso ayudándote en las labores de la cocina, a pesar de que siempre digas que no quieres ayuda. Quiero luchar por nuestros sueños, ser mejor para ti con cada día que pase y darnos lo mejor.

»Prometo escucharte y contarte todo lo que me suceda sin importar qué... Se que ya estás llorando a estas alturas, tranquila, aquí estoy yo para jamás alejarme de ti. No estarás sola, Katherine, porque siempre estaré a tu lado.

En silencio, nos abrazamos y dejamos que las lágrimas fluyeran hasta mas no poder. Nuestros labios se encontraron, en un parpadeo ya nos hallábamos en la cama, completamente desnudos y con nuestras almas expuestas... Esa noche nos envolvimos en una poderosa llamarada que nos consumía en alma y cuerpo.

Era tanta la pasión y el deseo que había entre nosotros, que nuestros cuerpos hablaban entre sí. Como el mar y la arena, nos complementábamos hasta ser uno sólo.

Desde la primera vez que hicimos el amor, parecía que nuestras almas habían estado esperándose desde hace muchas vidas atrás

Mientras ella cerraba los ojos, yo me deleitaba viéndola gemir y estremecerse del placer, contemplaba su cuerpo desnudo y perlado por el sudor. Me sentía el hombre más afortunado del mundo. Sentía que Dios me había dado el mejor regalo al poderla tocar a Katherine por el resto de los

días de mi vida; me dio ese privilegio de olvidar lo que había aprendido acerca de hacer el amor para descubrirlo nuevamente con ella.

Agarrar su cabello con autoridad y hacerla mía... Que ella se deleitara viéndome gemir. Sentía que la vida se me escapaba, así que me sujetaba a la de ella. La abrazaba fuerte, sacaba mi último aliento y luego caía junto a ella completamente agotado, aferrados al otro, acariciándonos, riendo y diciéndonos lo mucho que nos amábamos.

\*\*\*

No siempre estamos adaptados para llevar una vida de ensueños con nuestra familia, les podría asegurar que son muchas las personas que han tenido varios problemas familiares, ya sea con un hermano o nuestro padre, porque así es el ser humano, y debe pasar por un proceso de adaptación... Es como dice aquella frase: “los mejores rompecabezas no son los que encajan a la primera, sino los que con el tiempo se complementan”.

Los dos veníamos de diferentes culturas, la adaptación y complementación de todo lo ya antes dicho iba a ser todo un proceso, pero nada imposible. Había que tomarlo con calma, paciencia, tolerancia y equidad.

Fueron meses hermosos en nuestro pequeño departamento; y eso iba a ser momentáneo, pues, teníamos muchos planes y no precisamente en Miami.

Hubo momentos lindos, pero también momentos de peleas, todas las que se puedan imaginar, tanto de su parte como mía, pero siempre prevaleció el amor, porque era más fuerte que cualquiera de nuestros conflictos.

Mi madre y mi hermana no sabían que yo estaba viviendo con ella, debido a que no era mi deseo que se entrometieran en mi decisión. En el pasado hicieron lo imposible con las parejas que pude tener, y esta vez tenía suficiente edad para decidir lo que quería y con quien quería estar. Yo iba a decidir el momento para informarle a mi familia, y eso sería cuando fijara una fecha para mi casamiento legal con Katherine.

Cuando llegó el momento de darle la noticia a mi madre, era de esperarse que no lo tomara de la mejor manera. No quería que me casara, no porque no



le agradara Katherine, sino por el hecho de que no tenía nada para ofrecerle; era un recién llegado al país del tío Sam y lógicamente no disfrutaba de gran estabilidad. Pero eso no me importaba, y al amor de mi vida tampoco.

En sí, contaba con una mayor estabilidad que muchas de las personas que habían nacido aquí, gracias a la disciplina que me caracterizaba.

Sí, Katherine y yo estábamos comenzando desde cero, y ¿cuántas parejas no han comenzado así y terminan llegando lejos en la vida? Yo estaba dispuesto a todo, con tal de seguir mi vida con ella.

Sin embargo, en nuestros primeros meses de convivencia, me enteré de que ella no había sido tan honesta conmigo, pues, dos meses antes de conocernos, había mantenido una aventura pasajera con un chico, la cual terminó por ser asfixiante; no me quedó claro si había sido con un actor o algún desconocido.

Desde un principio le abrí mi corazón, le conté todo sobre mí, las cosas de las que me sentía orgulloso y de las que no... Ella, por otro lado, había omitido una gran lista, pero supimos superarlo.

Un día, se presentó la oportunidad de irme a un evento en Los Ángeles junto a mi madre y mi hermana. Como sabían que ellas iban a ir, preferí evitar malos ratos que pudieran herir y le pregunté a Katherine si quería ir conmigo. Su respuesta fue no, así que le di luz verde a mi familia. El viaje fue bastante tranquilo, pues, la mayor parte del tiempo la pasamos durmiendo, mientras que la otra parte charlábamos o nos distraíamos con algún juego de cartas.

Un día antes del evento, Katherine me dio una sorpresa apareciéndose en LA en pleno cuatro de julio, cosa que me causó mucha sorpresa y alegría. No sabía cómo lo iba a tomar mi madre, pero me hacía una pequeña idea que terminó por ser certera. Lo máximo que hizo fue saludar a mi esposa con cara de pocos amigos. Todos los presentes nos dimos cuenta de la situación, incluso la hermana de Katherine, quien la había acompañado durante todo el viaje.

Lo que restaba del día lo pasé tomado de la mano de mi esposa, admirando los fuegos artificiales que emprendían a pigmentar el cielo con sus hermosos colores y deleitándonos con algunos dulces que hacían estallar nuestras

papilas gustativas.

Cuando llegó la hora de marcharnos, mi madre se negó a que Katherine nos llevara de regreso a nuestro lugar de estadía. La cosa no iba por buen camino, así que, para calmarlas un poco, le pedí a Katherine que no me acompañara al evento. Ella entendió y aceptó. Éramos un equipo, entendíamos la situación del otro y estábamos dispuestos a ayudarnos, porque eso hacen las parejas.

A la noche siguiente, fui al evento junto a mi madre y mi hermana con tranquilidad. La pasamos bien, sin embargo, mi madre fruncía el ceño cada vez que el nombre de Katherine aparecía en mis labios. A veces pensaba que esa actitud se debía a mi conflicto con el padre de Katherine.

Para acortarles el drama, después de haber sido como un hijo para el padre de Katherine, me convertí en la peor escoria que pudiera existir en la tierra. ¿La razón? Pues, desde un principio, él se opuso a nuestro casamiento debido a que tenía la tonta idea de que mis intereses por Katherine eran egoístas y personales; no paraba de despotricar que sólo lo hacía para obtener la residencia en el país.

Era muy tonto que lo dijera, y absurdo que lo insistiera. Si aquello fuera verdad, le hubiese propuesto a Katherine que fijáramos nuestra boda en febrero y no en agosto. Si de verdad me urgía la residencia, como él decía, ¿Por qué esperar tanto para casarnos? Y también está el detalle de quien le propuso matrimonio a quien.

Tristemente, el señor se negaba a entender y ni todas las explicaciones que pude darle pudieron hacerlo cambiar de opinión. Me había ganado el odio eterno de la familia de mi esposa y el rencor de mi madre hacia Katherine.

Un mes después, Katherine y yo nos habíamos mudado de nuestro pequeño departamento a la casa de su madre. Al principio, ella alegaba que se debía a que nuestra partida de Miami se acercaba y necesitaba pasar más tiempo con su familia, pero yo no le veía el sentido a aquello, es decir, vivíamos en la misma ciudad y podían reunirse cuando quisieran. ¿Por qué mudarnos con ella? Además, ambos sabíamos que mi relación con su familia no era la mejor y que los conflictos no tardarían en abordarnos... Y dicho y hecho, así sucedió, con el extra de que Katherine y yo no parábamos de discutir cuando

nos encontrábamos a solas, incluso me soltó la bomba de que ya no quería seguir con nuestros planes.

A pesar de haber planeado las cosas para que nadie resultara herido, aun así, salieron terriblemente mal, y acepté que todo había sido mi error. Tenía que entender la situación, y lo mejor que podía hacer en ese entonces era irme. Las cosas habían perdido sentido, ella no quería nada conmigo y pasé a convertirme en la peor persona de la historia.

Mas tarde, cuando las cosas se enfriaron, ella me confesó que se hallaba ahogada en deudas que rebasaban los treinta mil dólares, y que esa había sido la razón de la mudanza, porque no podía costear su parte del arrendamiento, pues, disponía de todos sus ingresos para saldar las deudas.

En aquel punto, me di cuenta de que había una gran falta de comunicación y desconfianza por parte de ella.

—Pensaba que si te decía la verdad —decía entre lágrimas, tomando asiento en la esquina de la cama—, ibas a dejarme... que pensarías mal de mí. Soy una idiota.

—Lo eres —dije, sentándome a su lado y tomando sus manos—. Eres una idiota por pensar en eso. Yo jamás te dejaría... ¿Es que acaso no recuerdas nuestros votos? Te apoyaré en todo, Katherine. Tus problemas también son los míos, son nuestros. Somos un equipo y siempre te lo he demostrado.

—Diego...

No me importaba nada de lo que decía acerca de sus deudas. Yo quería seguir con ella, pero no podía permitir que terceros continuaran metiéndose en nuestra relación.

La rabia comenzaba a invadirme, ya que Katherine no dejaba de insistir en que siguiéramos viviendo con su madre, que ella nos ayudaría a solventar nuestros problemas económicos... No podía seguir escuchando aquello. Solté su mano y caminé hasta la puerta.

—Cuando sientas que puedas confiar en mí, y que tú y yo podamos

resolver nuestros problemas sin terceros, búscame.

Y me fui sin más.

Viviendo separados, Katherine me siguió buscando todos los días por llamadas, mensajes de texto, mails, de todas las formas existentes. Teníamos encuentros furtivos, pero yo sentía que estábamos perdiendo el tiempo para nuestros sueños.

Las semanas pasaban, y las cosas iban peor con el asunto de nuestras familias y el matrimonio. Estaba perdiendo mi paz mental, me sentía desvalorizado, así que decidí ponerle un punto final y alejarme completamente de ella por el bien de los dos.

Tras la ruptura, lidié las semanas más vacías de mi vida. No comía, no limpiaba la nueva habitación que había rentado, me había descuidado de mi persona en todos los aspectos. Sólo me dedicaba a pensar en ella a cada segundo

En ocasiones, Katherine me escribía, y yo me amarraba las manos para no responderle. Debía entender que lo nuestro había acabado.

Mi hermana me hizo saber que Katherine iba a buscarme a su casa casi todos los días, que la veía afligida y que de verdad quería arreglar las cosas conmigo.

—Ni se te ocurra darle mi dirección —Era todo lo que le decía.

Los días se hicieron eternos y lo único que hacía era tener encendido el televisor, mientras me limitaba a estar sentado en el sillón pensando en ella, viendo nuestras fotos.

En parte, la culpa era mía. Había pedido disculpas y nada funcionaba, así también, había hecho lo que creía que era correcto, pero no entendía el por qué Katherine aún seguía detrás de mí.

Si ella se sentía tan apoyada por su familia, y mi actuar les estaba dando la razón, ¿por qué seguía insistiendo en verme?

«Amor —pensé—. Porque ella me ama, y sabe que yo la amo»

Nuestro destino era vivir juntos por toda la vida, porque hemos experimentado cosas que nadie nos había hecho sentir jamás, porque si bien era cierto que habíamos tenido nuestros problemas, fueron solucionados con madures. Nos valió mucho esfuerzo acoplarnos entre los dos, y eso era normal, a todas las parejas les cuesta solidificar una familia y llegar juntos a viejitos.

Las parejas y las familias pasan por muchos obstáculos, y la única persona que no te puede dar una opinión respecto al tema es aquella ha dejado de creer en el amor, esas personas vacías y egoístas que han decidido apartar tan hermoso sentimiento.

Nacimos siendo amados, nacimos para amar y ese sentimiento prevalecerá.

Sin vacilar, tomé el celular y leí los mensajes que Katherine me había enviado. Me decía que extrañaba esos momentos en los que cantábamos a todo pulmón dentro del auto, nuestros bailes, las luchas de cosquillas en la cama, nuestras conversaciones, nuestros momentos pasionales... y así fue mencionando todas aquellas escenas que más de una vez disfrutamos juntos

Esa noche, sus mensajes me sacaron muchas risas y lágrimas. Intenté hacerme el difícil, pero terminé cediendo y le escribí para reunirnos. Ella aceptó.

Aquel día era Acción de Gracias, y lo pasamos viendo algunas series de televisión y preparando pizzas. En la tarde, mi ñaña nos había invitado a su departamento para celebrar la festividad junto a mis sobrinos, mi cuñado y mi hermana. Katherine no celebraba aquel día a causa de su religión.

La noche comenzaba a teñir el cielo y ninguno de los dos había tocado el tema acerca de nuestra situación, salvo cuando nos adentramos en mi auto. Fue Katherine quien inició el tema.

—No puedo estar sin ti, Diego —me había dicho con voz afligida—. Te

amo, y me parece descabellada esa idea de que, si no me caso contigo, me dejarás.

Ya estaba cansado de aquello y de tener que explicarle una y otra vez que la cosa no era así. Si alguien se casa es para vivir y creer en la otra persona, no en personas externas a la relación. Me había ofendido demasiado que ella se retrajera sólo porque su familia pensaba que yo quería que me diera la residencia.

Fue una decisión que ella tomó y que yo acepté.

—Si de verdad te mostré eso —comencé—, entonces el haberme alejado de ti fue lo mejor para ambos. Te estaba quitando un peso grande de encima. Si quieres hacer feliz a tus padres, cástate con alguien de su religión y que haya nacido aquí.

Su mirada ardía.

—No nací para complacer a los demás.

—Pues es lo que me estás demostrando —repliqué—. Has lo que tú quieras, no lo que los demás te pidan. Si quieres o no casarte conmigo, que sea porque tú lo desees.

—Quiero casarme contigo, Diego —declaró entre lágrimas—. Quiero seguir luchando a tu lado para cumplir nuestros sueños. No quiero perder más tiempo... Quiero ser feliz a tu lado.

Aquellas palabras ya las había escuchado antes por parte de ella, y se me hacía muy difícil creerle una vez más.

—Ya me esperan donde mi ñaña —dije, encendiendo el auto—. Tomé una decisión, Katherine, y seguiré mi camino yo solo... retomaré los planes que tenían cuando llegué a este país.

Aquella noche, después de la cena de Acción de Gracias, no fui capaz de dormir. No sabía qué hacer. Podía luchar contra toda la familia de Katherine para estar a su lado, como ella me lo planteó cuando la dejé frente a su casa, y

que solo íbamos a ser los dos y nadie más... O podía ser un egoísta, un cobarde y marcharme por mi propio sendero sin darle una oportunidad al amor.

No podemos escapar de lo que nos tiene preparado el universo. Es como un asesino serial que va tras nosotros y no descansará hasta darnos lo que nos merecemos, cueste lo que cueste, sea bueno o malo.

Cuando llegué a este país, estaba seguro de que Dios quería que estuviera aquí, desconocía el por qué, pero él escribe recto en caminos torcidos. Todo se había dado para que yo llegara a esta tierra; me habían entregado la visa de turista múltiple de cinco años tras habérmela negado más de tres veces, vine de vacaciones por tan sólo quince días y, después de eso, ya me encontraba trabajando en una obra de teatro, en la cual conocí a mi actual *manager*; se había interesado en mí al instante. Todo se iba dando a una gran velocidad.

Muchos actores no lograban obtener a un representante tan rápido, pasaban siglos buscando sin éxito alguno. En mi caso, el universo había conspirado para que yo consiguiera a uno en menos de un mes.

No me importó rechazar proyectos en mi país natal, los cuales me darían comodidad. Me arriesgué a quedarme sin medicinas para tratar mi enfermedad durante mucho tiempo debido a su alto costo. Trabajaba en cualquier oficio, menos de actor, para mantenerme en pie hasta que llegara mi oportunidad. Estaba seguro de poder lograrlo.

Tenía una pequeña noción de lo que debía hacer para cumplir mi sueño de convertirme en actor. Haber encontrado a un *manager* en aquel periodo de tiempo tan corto era la señal que el universo me enviaba para decirme que iba por el camino correcto. Estaba yendo en contra de mi familia al haber viajado a este país, pero yo sabía que lo que me esperaba en estas tierras era grande. Y así era, pues, tras la angustiada espera, finalmente había obtenido mi visa de talento, la cual me permitía trabajar de forma legal.

Desde que conocí a Katherine, comencé a entender por qué la vida me había traído a este lugar, y era para conocerla a ella, a la persona que amaría toda la vida. El verdadero amor.

Y estaba dispuesto a demostrar que ese amor no podía verse empañado por estúpidas creencias de gente mediocre y materialista, que pensaban que todos teníamos una mente perversa al igual que ellos.

Sabía que no podía dejarla.

¿Qué clase de hombre sería si me rindiera a la primera? Y ni siquiera por nosotros, sino por terceras personas. Nos amábamos y eso me bastaba.

La llamé al día siguiente.

\*\*\*

Estando en la cocina del departamento, le confesé a Katherine que la amaba y que no había podido dormir pensando en todo lo que nos había pasado, pero también le hice saber que no podíamos seguir así, viviendo nuestra vida bajo las normas de su familia, que debíamos seguir nuestro propio camino, juntos si así lo deseábamos.

—Es verdad, tuvimos problemas —proseguí—, pero de ellos debemos aprender para no volver a cometer los mismos errores. Rescatemos lo que nos unió, lo que nos hacía felices.

—Seguir los planes que trazamos desde el principio —completó ella con una diminuta sonrisa. Sus ojos brillaban—, sin importar quien se meta.

Porque nosotros éramos marido y mujer, casarnos legalmente e irnos a la china si nos daba la gana, pero siempre felices, siendo nosotros dos y lo que Dios nos regalara; si eran hijos, pues ser felices; si eran perritos, pues de igual manera felices, pero juntos.

Ella aceptó, y antes de decirle cualquier cosa, le dije:

—Te amo.

Y la besé

\*\*\*



Siempre he dicho que uno puede soñar, pero con los pies en la tierra. Y lo que venía a continuación sería algo necesario pero irremediable.

Comencé con mi madre. Tras explicarle que Katherine y yo nos casaríamos ante un juez en los siguientes días, no dudó en jugar sus cartas: “Es una decisión descarrilada”, “No volveré a hablarte”. La última de sus cartas era una amenaza vacía, pues, tenía el ejemplo de mi hermano. Y así sucedió, dejó de hablarme, pero sabía que al cabo de un tiempo lo volvería a hacer.

Lo segundo que hice fue retirar mi proceso para la residencia de la visa de talento. El trámite iba avanzado, y mi madre me había prestado algo de su dinero para costear la mitad del abogado. Aquello provocó un segundo ataque en mi madre, pero la calmé a recordarle mi boda, que pronto tendría la residencia y finalmente podría comenzar mi vida con Katherine.

Por otro lado, Katherine se enfrentó a sus padres y les contó todos los planes que habíamos armado. Me había dicho que fue duro, pero se sintió liberada en cuanto soltó lo que les tenía que decir.

Nos brillaban los ojos de la emoción. Todo iba marchando como lo habíamos planeado. La tranquilidad, el perdón, el amor y nuestro futuro fluían a la perfección.

Los días transcurrieron a una velocidad impresionante, y en un parpadeo, ya estábamos casándonos ante un juez de la corte.

Fue algo sencillo. Al evento asistieron mi hermana, su mamá y su prima.

Era la primera vez que me casaba y no sabía cómo ir vestido, así que decidimos ir semiformales. Katherine había llegado con hermoso vestido blanco que pasaba un poco más de sus rodillas, junto con una chaqueta roja y un maquillaje bastante sutil. Me había dejado sin habla.

En cuanto tomé su mano, sabía que sería para siempre, que éste era el principio de nuestra eternidad.

—Acepto —dijimos, mirándonos a los ojos con una sonrisa de oreja a oreja.

Los nervios nos hacían reír, y en cuando abandonamos la sala, nos gastamos algunas bromas respecto al sudor en nuestras manos. Los pocos miembros que asistieron de nuestra familia nos felicitaron y se hicieron algunas fotografías con nosotros para inmortalizar aquel recuerdo en una nítida imagen.

Todos estaban ocupados para ir a celebrar nuestra boda, así que, una vez que Katherine dejara a su madre en casa, y yo a mi prima, nos reuniríamos para celebrar, sólo nosotros dos.

Compramos vino, un poco de comida china y un par de películas. Fue perfecto y no lo habría cambiado por nada del mundo.

A la mañana siguiente, despertamos haciendo el amor, y en cuanto terminamos de desayunar, fuimos a casa de su madre a celebrar su cumpleaños. A aquella mujer no le quedó de otra que aceptar lo nuestro, por el momento.

En menos de dos semanas, ya estábamos de vuelta en la casa de la madre de Katherine, pero sólo sería hasta que llegaran mis papeles provisionales de residencia. El proceso estaba en trámite, pues no tardamos en comenzar a cumplir los requisitos que el abogado nos exigía. Sólo era cuestión de esperar un poco y luego nos marcharíamos a vivir solos a Atlanta.

Debíamos ser pacientes.

Todos los días, Katherine se levantaba a las tres y media de la mañana para ir a su trabajo. Afortunadamente, yo no contaba con un horario y ganaba bien, lo necesario para cubrir mis gastos —seguro de salud, renta, seguro del auto—. Y así mismo me sobraba algo de dinero que iba directo a nuestro fondo de viaje.

Un día, de sopetón, me dijo que era un fracasado en la vida por el simple hecho de contar con mucho tiempo libre y no hacer lo que ella hacía, como meditar, leer o tener un empleo con un terrible horario.

Siempre he sido disciplinado. Desde niño, preparaba mi merienda de la tarde sin esperar por nadie; si me faltaba algo, yo mismo me las ingeniaba

para conseguirlo; y si no sabía como hacer algo, me las arreglaba para aprender a hacerlo.

Todas las noches, antes de dormir, meditaba; una autoevaluación donde solía preguntarme cuales eran mis errores y de qué manera podría mejorar. De cierta manera puedo orar con Dios, pedirle por los míos, por los enfermos, por la gente que esta desamparada en la calle... Así me criaron y así decidí mantenerme.

Una noche, durante nuestras horas laborales, pude conocer de primera mano el lado celoso de Katherine. Tres veces por semana, me disponía a entrenar a una chica que no pasaba de los veintidós años, y al final de cada clase, llegaba su madre y le informaba sobre el progreso de su hija, los beneficios de ejercitarse y la importancia de una dieta balanceada; mi intención era que ella también se animara a unirse a entrenar para ampliar mi cartera de clientes, y sí que lo logré, porque esa misma noche se unió junto a su hermana.

Cuando estoy en horas de trabajo, por respeto a mis clientes, no atiendo el celular, y aquella noche, Katherine no paraba de enviarme mensajes. Al no recibir respuesta de mi parte, y encontrarme despidiendo a mis clientes, los celos la consumieron por completo y armó una escena en cuanto quedamos a solas.

Con toda la paciencia del mundo, le expliqué lo sucedido, pero la rabia no la dejaban entender. Realmente no deseaba tener problemas con mi esposa, así que decidí no entrenar más a esas chicas.

Sin importar lo que hiciera, las malas actitudes por su parte seguían y yo siempre era el culpable de lo que fuera. No dejaba de acribillarme a preguntas, como si sospechara que estuviera haciendo algo malo. Por qué iba al gimnasio, por qué trabajaba de *uber driver*, porque llegaba tarde del trabajo, por qué no me limitaba a ser entrenador personal... Entre más intentaba remediar las cosas, más me hundía; era como tratar de salir de un profundo pozo de arena movediza.

Era otra persona, no era la Katherine que había conocido en aquel teatro.

Dejó de tocarme con deseo, dejó de hacer el amor conmigo, se negaba a que la tocara. Mis emociones, mi orgullo como hombre, mis sentimientos, todo estaba por los suelos. Pero no me rendí, sabía que podía traerla de vuelta.

Katherine adoraba los girasoles, así que todos los días le llevaba un ramo nuevo a casa, lo acomodaba en un florero de cristal y aguardaba a que llegara de su trabajo y esbozara su hermosa sonrisa al toparse con ellos... Pero no lo hacía, sólo se limitaba a darme las gracias.

Un viernes después del trabajo, con lágrimas en el rostro, me confesó que no se sentía cómoda conmigo, y que prefería que me fuera a la casa de mi hermana por un tiempo. Al parecer, rompía su tranquilidad.

Era incapaz de entender porque nos estaba sucediendo esto. Hablaba con ella, le pedía que me dijera lo que estaba sucediendo, por qué se comportaba así, pero ni la misma Katherine lo sabía, sin embargo, me aseguraba que me amaba tras decirme que prefería que no estuviera en casa. Me confundía por completo.

Una vez, ella me contó que su hermana la había llevado a una tienda donde una misteriosa mujer era capaz de leer las cartas, el café y el tabaco. Tuvieron una sesión y la adivina leyó su taza de café.

—Dijo que, si tú y yo no salíamos de la casa de mi madre, nuestra relación se terminaría —me había dicho Katherine—, que teníamos que salir de ahí lo más pronto posible.

Cuando su padre aun me hablaba, me había pedido que nunca confiara en su exesposa, que ella era la maldad en persona a pesar de su religión y sus constantes citas de la biblia. También me había dicho que lamentaba lo de mi padre y que, si lo deseaba, en él podría ver una figura paterna. No sé si aquellas palabras eran producto del alcohol o de su corazón, pero fueron muy emotivas.

A pesar de aquella conversación, yo confiaba en esa señora. Conversábamos durante el desayuno, le pedía consejos, nos contábamos nuestro día... La madre de Katherine era una persona muy apegada a su religión y contaba con una personalidad muy peculiar.

Sin embargo, siempre que conversábamos, me decía lo duro que fue salir adelante con Katherine, las infidelidades que sufrió por parte de su exesposo, lo despiadado que éramos los hombres que no pertenecíamos a su religión, la mala influencia que era el padre de Katherine y su familia por la religión que seguían, de las mentiras y el orgullo de Katherine, que era perseguida por una presencia maligna y que el apoyo que debía darle a su hija no se limitaba en palabras, sino que, también económicamente, debido a las deudas que había contraído en su soltería.

Me tenían sin cuidado sus comentarios, yo sólo le seguía la corriente, como me había recomendado Katherine. Sin duda alguna, había muchas cosas que esa señora y yo no compartíamos. No obstante, procuraba guárdale el respeto, aunque a veces ella no lo hiciera conmigo.

Una tarde, la madre de Katherine parecía estar muy enojada a causa de que su día no había sido nada grato. Caminaba de un lado otro en la cocina, hablando sobre su religión y despotricando sobre su exesposo. Yo me limitaba a escuchar.

De pronto, con ojos muy abiertos, se acercó a mí.

—Yo le dije a Katherine que aún no era el momento para que se casara — dijo, sin apartar la mirada de la mía—. Yo no estoy de acuerdo con esto.

—Nosotros nos amamos y esa fue una decisión de los dos —le respondí

Su rostro se crispó en una mueca. No le había gustado para nada mi respuesta.

—Usted no la ayuda con la deuda que tiene, y si eso sigue así, haré todo lo posible para alejarla de usted —amenazó con voz fría. Sus manos se habían aferrado con fuerza a mi brazo derecho. En su mirada podía notarse la rabia que sentía por mí—. Y si tengo que hablar con los hermanos de mi iglesia para que intercedan, pues lo haré. Usted no conoce lo unido que somos en mi religión, usted no la merece.

Con rapidez, me zafé de la pinza de la mujer, quien comenzaba a incomodarme.

Le dije que yo pagaba mi parte y que la ayudaba con lo que podía para saldar sus deudas.

—Esa es mi manera de ayudarla —proseguí, luchando por controlar mi enojo—. No voy a solapar irresponsabilidades dándole todos mis ingresos para esa deuda. Katherine y yo tenemos problemas como toda pareja, pero son nuestros problemas y usted no tiene derecho a inmiscuirse. Así que le voy a pedir que se mantenga al margen y respete nuestra vida y nuestras decisiones.

## CUARTA PARTE

A estas alturas, ya me temía lo peor. Me sentía apaleado, emocionalmente débil. Quería salir corriendo de esa casa y no volver.

Intenté hablar con Katherine para solucionar nuestros problemas. Le pedí que recapacitara, que fuera sincera conmigo y me dijera qué era lo que sucedía, pues, hablando se entiende a la gente.

—Katherine, ¿qué puedo hacer para mejorar y llevar nuestra relación tranquila? —la apremié.

Su respuesta me dejó en blanco. Me había pedido un acuerdo post-nupcial.

Le dije que eso no tenía sentido, pero que estaba bien, le daría lo que quisiera con tal de llevar las cosas en paz.

—Pero quiero que sepas que no tienes de que preocuparte —le aseguré, sujetando sus manos entre las mías—. Yo jamás haría algo que te perjudicara —Teníamos planeado levantar un negocio de actuación en Atlanta, juntos, así que necesitaba dejarle en claro mis intenciones.

Pero la cosa no mejoraba. Todas las noches debía soportar una y otra queja acerca de mí.

Poco a poco comenzaba a llegar a mi límite.

—Si yo te hago tanto mal, entonces, ¿Por qué sigues aquí soportando tanta mierda? —le espeté. Estaba irritado y cansado de pasar por los mismos conflictos una y otra vez—. ¿Sabes qué? Te lo voy a dejar fácil: Divorciémonos.

Katherine calló.

—Con el dolor de mi alma, es mejor que cada uno haga su vida — proseguí, al ver que no obtenía respuesta de su parte—. He hecho de todo por ti, pero nada sirve, nada te complace, nada es suficiente para ti... Yo no soy suficiente para ti.

El silencio se instauró entre los dos. Su expresión no me decía nada, salvo que les daba vueltas a mis palabras. Por mi parte, pensaba en que me había dejado llevar por la rabia, pero era necesario, debía decirle la verdad, lo que estaba sintiendo, para que se diera cuenta de que su comportamiento iba a terminar por separarnos. Deseaba que recapacitara.

—¿Katherine?

Lo único que quería para ella era su felicidad, y si el divorcio era la solución a su infelicidad, pues debía dársela. Yo no era nadie para arrebatársela.

—No quiero sentirme culpable por lo que le pueda pasar a tu salud. —Fue todo lo que dijo, mirando hacia un lado.

Apreté los puños con fuerza.

Katherine sabía que el tratamiento para mi enfermedad dependía del estatus legal y que el divorcio no era buena idea. Eso me hizo pensar que aun sentía amor por mí.

—Sólo te veo como un amigo, Diego —dijo. Finalmente, había clavado la estaca en mi corazón—. Un amigo al que amo, pero sólo eso... Un amigo.

Sus palabras me habían dejado en blanco. No sabía que decir ni como sentirme. Mi estómago se encogía y lo único que deseaba era esconderme

—Lo mejor será que permanezcamos juntos hasta aprueben tus papeles — declaró con voz afligida. Sus dedos jugaban entre sí—. Después de eso... Luego veremos.

No era amor lo que sentía, sino lástima... Lástima por mi enfermedad. Lo



único que deseaba era separarse de mí.

¿Cómo podía decirle algo así a una persona con la que se había casado ante los ojos de Dios? ¿Cómo podía decirle eso a una persona que estaba completamente enamorada de ti, con la que habías adquirido un compromiso para permanecer juntos hasta la muerte, con la que habías soñado comerte al mundo entero?

Esa misma noche preparé mis maletas para viajar a mi país natal. Mi plan consistía en permanecer once días allá. Necesitaba desaparecer, estar solo, pensar... Sentía que me encontraba en el lugar equivocado.

Al otro día, Katherine me pidió que pensara bien en sus palabras. Asentí y, en silencio, nos abrazamos antes de que me adentrara en mi auto y la dejara atrás.

Pensaba que aquello era una pesadilla y que pronto despertaría, pero no fue así. Las lágrimas brotaban de mis ojos como cascadas. Me costaba creer lo que había dicho y que pensara eso de mí, que sólo estaba con ella por beneficio propio. Su familia había ganado, le habían lavado el cerebro con puras patrañas.

\*\*\*

Estando en casa de mi madre, decidí prolongar una semana más mi estadía para compartir un poco más con ella y, así, mejorar nuestra relación. Aun no me dirigía la palabra y deseaba con todas mis fuerzas cambiar eso.

A dos días de mi regreso, Katherine llamó para pedirme disculpas y confesarme que deseaba irse conmigo a Atlanta; tenía el dinero para pagar el depósito y el primer mes del alquiler.

La emoción me abrumaba, pues, ella aun me amaba y estaba dispuesta a continuar nuestros planes juntos. Los días pasaron con gran rapidez, y en un parpadeo, ya me encontraba sobre las nubes, directo a Miami.

Pero todo fue una ilusión de mi parte, que todo era producto de mi amor hacia Katherine y mi anhelo de que ella me amara.

Katherine me aseguraba que podíamos llevar nuestros sueños como amigos, pero yo no podría. Mis sentimientos hacia ella eran muy fuertes y no sería capaz de vivir a su lado reprimiéndolos.

No podía entender como se le hacía tan fácil.

Estábamos a pocos días de nuestro viaje a Atlanta, así que fui a casa de mi hermana a pasar unos días con ella antes de marcharme a una nueva ciudad. De esa forma, Katherine también compartiría tiempo de calidad con su madre a solas.

Mi estadía con mi hermana fue tranquila, a pesar de que no paraba de preguntarme si estaba seguro de que hacía lo correcto.

En cuanto el gran día llegó, Katherine, invadida por las lágrimas, volvió a arrojar nuestros planes a la basura. No quería estar conmigo y anhelaba la libertad que sentía cuando estábamos separados... Bueno, en realidad me había dicho:

—Siento que me saco un peso de encima.

Yo traté de que no pensara así, le dije que la amaba, pero ella sólo negaba con la cabeza. Guardamos silencio por un largo rato y eso fue todo.

Al otro día, regresé a casa de su madre para recoger mis cosas. Ella no paraba de hablar, y yo sólo me limitaba a escuchar todo lo que tenía que decir.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó en cuanto acabó. Estaba sentada al otro lado de la mesa con las piernas cruzadas.

La miré a los ojos. No podía creer que esto estuviera volviendo a suceder.

—Todo lo que siento por ti, lo que quiero tener contigo y lo que pienso al respecto de esta situación, ya lo sabes. No sé qué más podría decirte. De nada sirve que te diga más, porque sé que tampoco me creerás, así que me limitaré a decirte que está bien.

En cuanto terminé de guardar mis cosas en fundas de basura, las arrojé de mala gana en el baúl de mi auto, con Katherine mirándome desde la puerta.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —le insistí, con una pizca de esperanza—. ¿Estás segura de que no me amas? Porque yo te amo con mi vida.

Katherine me miró por unos segundos y cerró la puerta.

En los días siguientes no derramé ninguna lágrima por ella. Ya era suficiente de lastimarse por alguien que no me valoraba. Así que enfoqué toda mi atención en hacerme cargo de mi estatus legal en Estados Unidos: preparar los papeles que necesitaba para mi renovación, iniciar los tramites del divorcio y trabajar como burro para completar el dinero que debía pagarle al abogado.

Era increíble como había cambiado mi vida...

Muchas veces, sentado en la mesa, me preguntaba una y otra vez:

«¿Y si hubiera complacido a la mamá y le hubiera dado dinero para sus deudas?»

«¿En qué fallé?»

«¿Acaso se desilusionó?»

«¿Por qué nunca me di cuenta de las intenciones de su familia?»

«¿Por qué fue a decirme que me amaba y quería una vida conmigo si sabía que no quería nada conmigo?»

«¿Acaso no fui suficiente?»

No dejaba de preguntarme cual era el motivo de todo aquello. Era frustrante no tener una respuesta.

Lo único que quería era alcanzar nuestros propios sueños a base de trabajo, de darlo todo por ellos cada día. Quería que ella se superara como persona.

Por mucho tiempo me guardé para una mujer, luego llegó ella y sentí que

era la indicada, que Dios me la había colocado en el camino para un sólo propósito: amarla. ¿Por qué ahora estaba pasando esto?

No pude resistirlo un día más, así que la llamé y le hice saber que si el divorcio la hacía feliz a ella y sus padres, que estaba bien por mí, pero que siguiéramos viviendo juntos, luchando por nuestros sueños, pero ella sólo me daba excusas.

—Tú y yo caímos en la tentación de la carne antes del matrimonio, y a Dios no le gusta eso.

—Sólo estás buscando más excusas para afirmar que estás haciendo lo correcto —le dije con un deje de voz. Era doloroso—. Malo habría sido que después de haber hecho el amor, igual hubiésemos seguido nuestras vidas de soltero, cada uno por su lado, cosa que no fue así.

Muchas veces me sentaba en la mesa con el cuchillo al frente pensando que, si me suicidaba en este momento, ella se sentiría mal y desearía verme, tocarme, amarme... Pero yo no estaría con vida para disfrutarlo.

Mi intención jamás se trató de dinero, ni de papeles. No. Todo iba más allá de eso... Me sentía tan incomprendido.

## QUINTA PARTE

A medida que los días transcurrían, los problemas iban incrementando. Mi visa de talento, la cual me permitía estar en el país, había caducado, mientras que el proceso para la residencia estaba por detenerse, lo que traería como consecuencia la cancelación de mi suministro de medicamentos.

Desde que llegué a este país, mi enfermedad había avanzado a una velocidad impresionante, debido a que el tratamiento recibido en mi país natal era muy obsoleto, en cambio, aquí, en Estados Unidos, la medicina era la apropiada para combatir aquel padecimiento, el cual deseaba llevarse mi ojo derecho, pero pude impedirlo gracias a dos operaciones. La enfermedad me estaba carcomiendo desde adentro.

Sin embargo, aquella victoria se había desmoronado en cuanto el doctor me confirmó que nuevamente estaba perdiendo la visión. La mayor parte del tiempo prefería perder la vida en lugar de que mis sentidos fueran arrebatados poco a poco. Después de todo, ya lo había perdido todo cuando Katherine me dejó.

—Diego, cubre tu ojo izquierdo y lee las letras que están en la pared —me pidió el retinólogo. Su voz, a pesar de ser bastante calmada, no lograba apaciguar la oscuridad que se agitaba en mi interior.

Tenía la mirada enfocada en aquellas odiosas letras que no paraban de desenfocarse; era como si se estuvieran burlando de mí.

Me esforcé por leerlas, pero era imposible.

—No puedo leerlas —contesté derrotado.

—¿Y éstas que están un poco más grande? —dijo, señalando las superiores

Volví a luchar con aquellas letras sin un resultado positivo. Estaba perdiendo la batalla.

—Nada —dije con decepción—. No puedo... Veo borroso.

—Quisiera hacerte unas preguntas, ¿está bien?

Asentí en silencio.

—Diego, ¿te has encontrado deprimido últimamente?

Directo al grano. Parece que el doctor fue capaz de leer mi estado de ánimo.

Alcé la mirada, y lo vi escrutando mis ojos. Me sentía totalmente expuesto y de nada servía que le mintiera. Tomé una bocanada de aire y, con tristeza, le conté todo. Mis problemas con Katherine, el divorcio, mi visa... No pude guardarme nada. Era como quitarse algunos pesos de encima.

—A veces pienso que nunca me amó.

—Lo siento mucho, Diego —dijo el doctor, depositando una de sus manos en mi hombro. Sólo faltaba que me diera una paleta de frutas—, pero la vida sigue y tienes que seguir viviendo —Soltó un respiro, como si se prepara para darme una noticia que lo cambiará todo—. Creo que ya sé por dónde viene el problema de tu ojo, pero primero quiero evaluarlo más a fondo para estar seguro.

Tras un incómodo y muy complejo examen que me hizo desear arrancármelo de una buena vez, el doctor tomó asiento frente a mí y se preparó para darme el diagnóstico.

—Bien, Diego... la presión de tu ojo se encuentra bastante alta. Lo normal es doce y tú la tienes en treinta y nueve, lo que ha causado daños terribles en toda la parte interna del ojo. Tendremos que intervenirte nuevamente.

—Lo que usted diga —dije sin más.

—También debo decirte que la enfermedad que padeces depende de tu estado emocional —añadió sin miramientos—. Así que, por favor, a subir esos ánimos, o la enfermedad acabará contigo.

Antes de retirarme, el doctor me recetó unas gotas para regularizar la presión en mi ojo y así poder operarme una vez más dentro de unas semanas. Durante ese tiempo, debía valerme sin la visión del ojo derecho.

Como iba a entrar en el proceso de divorcio, debía empezar a hacer la renovación de mi visa de talento, así que contacté con el abogado para pedirle un presupuesto y los requisitos que me solicitarían; como me lo temía, esta vez el procedimiento iba a ser más complicado de lo normal debido al divorcio que se venía en camino, y, por lo tanto, el cobro era mucho mayor.

—Lo que te tocaría sacar ahora es la renovación, aunque esta vez será más costoso debido a que el procedimiento es más complicado —me dijo el abogado desde el otro lado de la línea.

—¿Qué tan costoso? —quise saber.

—Estamos hablando de nueve mil dólares —Aquello fue golpe duro. Me explicó un poco el procedimiento a seguir y, antes de despedirnos, añadió con absoluta sinceridad—: Por cierto, siento mucho lo de tu matrimonio, Diego.

Mis caminos se estaban llenando de obstáculos. No sólo debía reunir el dinero para avanzar en un trámite que llevaría tiempo, también necesitaba encontrar un mánager nuevo.

Las cosas en el país no estaban nada fáciles, ya que los managers estaban solicitando un pago de cinco mil dólares para prestar su ayuda en la obtención de una visa O-1.

En total, termine gastando veinte mil, ya que me pedían un sinfín de papeles donde la única manera de conseguirlos era pagando. Gracias a Dios, contaba con un dinero ahorrado para ayudarme a iniciar con todo esto.

Katherine me había dado un plazo de dos meses para firmar el divorcio, es decir, yo tenía que conseguir el dinero faltante en mes y medio para introducir los papeles de mi visa antes de firmar nuestra separación. Era una ardua carrera contra reloj.

Para reunir el dinero, empecé a trabajar de pintor, constructor y también como recolector de metales en un terreno baldío a las afueras de la ciudad. Eran los trabajos idóneos, puesto que me pagaban en efectivo y al momento.

Pasaba todo el día ocupado, y, a veces, hasta la madrugada. Y sin importar todas esas horas, yo seguía pensando en ella; no podía arrancarla de mi cabeza. Le escribí muchas veces, y lo único que recibía de ella era un absoluto desprecio, odio, lastima... Una tarde me llamó para decirme que no tenía que rogarle, que lo mejor que podía hacer era ir a la iglesia de su religión y arrepentirme de todo lo que había hecho en mi vida. Me aseguraba que sólo así encontraría a Dios.

A pesar de que mi madre siempre se opuso a mi matrimonio con Katherine, ella se encontraba muy apenada por todo lo que ocurría. Incluso estaba dando su brazo a torcer y proponía hacer un viaje que incluyera a mi futura exesposa.

Ya estaba viviendo solo, y esa soledad lo único que trajo fue más soledad. No tenía llamadas sin contestar por parte de mi familia y la escena del cuchillo sobre la mesa se repetía cada vez con más frecuencia. Éramos el cuchillo y yo, solos nosotros dos... Quería hacerlo, pero no contaba con el suficiente valor. Cada vez que lo tomaba entre mis manos, podía escuchar los latidos de mi corazón, como si se trata de alguien golpeando una puerta.

—¡Recapacita, cabrón! —me espeté, al mismo tiempo que hundía el cuchillo en la mesa—. Piensa bien. Tienes un futuro por delante. Mujeres hay muchas, ¡nadie se muere de amor! ¡No permitas que deje de latir, pedazo de estúpido!

Mi corazón me reclamaba vida, deseaba que me liberara de esos recuerdos tan dolorosos que sólo me hacían pensar en la muerte.

—¿Y qué quieres? —me respondí—. ¿Qué me levante de la silla, me pegue un baño, me afeite la barba y comience una vida nueva? —Estaba



empezando a preguntarme si no estaría volviéndome loco con eso de hablar conmigo mismo.

—¡Sí, mierda! Llorando como un bebé, delirando y actuando como loco no resolverás nada.

—¡No quiero! —grité entre lágrimas—. Iremos al parque, donde nos contábamos nuestras historias. Esta vez iré más a su iglesia, le daré todo mi dinero para que pague sus deudas, la complaceré en todo lo que quiera... Sus padres volverán a quererme, su madre estará orgullosa de que me bautice en su iglesia, seré digno de ella —Pasé mis manos por el rostro—. No puedo afeitarme mi barba, porque a ella le gusta... Debo dejarla... Quiero estar con mucha barba para cuando ella decida volver a verme...

—¡Ja! Como si eso algún día fuera a pasar.

—¿Corazón? ¿Corazón?

Ya no escuchaba nada. Mi amor propio se había esfumado, y en su lugar, sólo escuchaba simples latidos que me permitían seguir con una vida que ya no deseaba.

La sensatez y la cordura también se habían marchado. Me sentía como un cascarón vacío.

Le escribí una vez más, pidiéndole que estuviera conmigo así nos divorciemos, que siguiéramos viviendo juntos, que haría lo que me pidiera, que ya había firmado el divorcio como ella lo había solicitado.

«Haré lo que sea, Katherine —le había escrito—, pero no me dejes»

No hubo respuesta.

Al día siguiente, mi visa de talento había sido aprobada, y en cuanto la tuve en mis manos, fui al teatro a visitar a Benjamin para conversar sobre nuevos proyectos. Parecía feliz de verme, sin embargo, me pidió que lo esperara por unos treinta minutos, pues, debía salir para atender un asunto.

—Es aquí mismo en la esquina —me aseguró, mientras se alejaba del

escenario—. No tardo.

Tenía el teatro para mi solo. En silencio, recorrí el patio de butacas, subí al escenario y cerré los ojos para aspirar su grandeza. Un segundo después me hallaba en uno de los camerinos, recordando viejos sucesos del pasado.

Tomé asiento frente al espejo y, al volverme hacia un lado, vi a Katherine sentada, aplicándose algo de maquillaje en los pómulos. Su reflejo me sonreía con ternura.

—Katherine —susurré.

Ella se acercó y tomó mi rostro con delicadeza para maquillarme. Aquel contacto ocasionó que una agradable corriente recorriera todo mi cuerpo.

Quería hablarle, quería besarla, pero no estaba seguro de que aquello fuera real...

—Es-estás preciosa —titubeé—. No sabes cuánto he esperado este momento... Hace tanto que quería verte.

—Este día tenía que llegar —dijo con absoluta calma—. Sabía que el día de hoy te vería, Diego —La miré extrañado. ¿Cómo sabía que nos veríamos? Su mano acariciaba mi mejilla—. ¿Por qué me miras así? Tu sabías que yo estaría aquí, ¿verdad?

Sacudí la cabeza para apartar mi incertidumbre.

—Me siento feliz de verte —El corazón me palpitaba con fuerza. Deseaba abrazarla y unir mis labios a los suyos—. Son tantas cosas las que han pasado últimamente... He tratado de comunicarme contigo, pero no recibía respuesta...

—Shh —me interrumpió, situando su dedo índice sobre mis labios—. No hay que pensar en eso, amor. Esta es nuestra última función —Seguidamente, señaló el espejo para que me viera—. Seremos tu y yo. Nadie más.

No lo podía creer. Me encontraba exactamente vestido y maquillado como en aquella obra donde nos conocimos. Sabía que algo extraño estaba

ocurriendo, pero, aun así, me dejé llevar. Hacía mucho que no me sentía feliz, y no estaba dispuesto a dejar esa sensación.

—Esta vez quiero que tu seas la protagonista conmigo —le pedí, mientras me dejaba conducir por ella hacia el escenario—, que no haya nadie más.

—Y así será —contestó con una sonrisa—. Sólo seremos tu y yo. Sin público, sin elenco, sin director.

—Tu y yo —repetí embelesado, en mitad del escenario.

La puerta del teatro se hacía escuchar. Al parecer, Benjamin estaba de vuelta y quería entrar.

—Diego —llamó Katherine. Sus manos acariciaban mis mejillas.

No pude resistirme y la besé. Las lágrimas brotaban de mis ojos.

Despacio, tomé la daga que portaba mi personaje entre sus ropas y le dije:

—Tenemos que hacer un pacto de amor y sellarlo con sangre.

Ella aceptó con lágrimas de felicidad empañando sus ojos.

Con cuidado, nos pusimos de rodillas y acerqué la daga a sus muñecas.

—Así te demuestro mi amor, y ni la mismísima muerte nos podrá separar —dije, trazando una fina línea escarlata en su piel.

Cerré los ojos, y en cuanto los abrí, Katherine ya no estaba. Miré a todos lados, pero no había rastro de ella.

Bajé la mirada, y mis ojos se abrieron como dos enormes platos al ver como un espeso brebaje escarlata borboteaba de una de mis muñecas.

—Yo soy tu destino, cabrón —dijo sarcásticamente una voz muy parecida a la mía. Alcé la mirada y, con estupor, lo vi mirándome sin expresión alguna. Era... yo... No, eral algo más disfrazado de mí... Tal vez mi conciencia, no lo sé—. Por eso, el día de hoy he decidido venir por ti —Su mano señalaba mi

muñeca sana—. Ese día que te quisiste matar en tu apartamento, yo estaba presente, pero no podía dejarte ir sin que vieras lo que más amas en esta vida.

Las lágrimas caían sobre mi regazo. Me sentía feliz, a pesar de lo que se aproximaba.

—Se acabó el sufrimiento —susurré.

—Ya te puedes ir —dijo él.

—La amo.

—Lo sé, y pronto volverán a verse —proseguía, mientras retrocedía y se esfumaba como el humo—. Ahora ándate, que se hace tarde.

Sujeté con fuerza el cuchillo.

Las puertas del teatro se abrieron con estruendo y, entre los gritos, deslicé el filo sobre el lienzo de mi piel...

Con los ojos clavados en el techo, pude ver como el ambiente que me rodeaba se difuminaba, mientras algunos gritos amortiguados buscaban taladrar mis oídos. Vi un rostro, intentaba decirme algo, pero la oscuridad se lo llevaba todo...

## EPÍLOGO

Diego se suicidó el once de noviembre en el teatro donde toda su historia con Katherine comenzó. Benjamin encontró su cuerpo ensangrentado sobre el escenario, con el vestuario que había usado en aquella obra que protagonizó junto a su amada.

En las cámaras de seguridad, Benjamin, junto a los oficiales, pudieron observar como aquel actor deambuló por las filas de butacas y cerró las puertas. El mismo se había maquillado, vestido y dirigido al escenario. Lo más escalofriante era verlo hablar solo... Pero no para Elle y Josh, pues, lo que de verdad sorprendía a la joven pareja era la fecha en que su amigo había decidido ponerle fin a su vida: 11/11 a las 11:00 de la mañana.

—Destino —había dicho la rubia entre lágrimas, mientras su esposo la abrazaba con fuerza.

Katherine, al enterarse de lo ocurrido a través de las noticias, se aisló de su familia, y al cabo de un tiempo, comenzó a sufrir de trastornos mentales.

Un viernes por la mañana, Elle, y su esposo Josh, la encontraron dormida junto a la tumba de Diego, abrigada con el vestido que había usado en aquella obra.

Lo único que hacía era recordar a Diego como si aun estuviera con vida. Cada día que pasaba, el grado de locura aumentaba. No dejaba de delirar, pues, estaba segura de que Diego volvería y los dos completarían su última función, juntos, con su eterno amor.

## SOBRE EL AUTOR



Carlos Mena, actor y comunicador social ecuatoriano, nacido el 30 de abril de 1990, debuta como escritor en Miami con su primera novela del género romántico titulada “Mucha Mierda”.

Mena encuentra en la escritura otra manera de explayar su arte, vivir situaciones y experiencias reales, disfrutar el aquí y el ahora al igual que lo hace al actuar. El involucrarse de manera directa con los personajes puede ser un error, que lo lleva a acumular innumerables vivencias; una de ellas cambiará el rumbo de su vida, como lo describe en esta obra.